



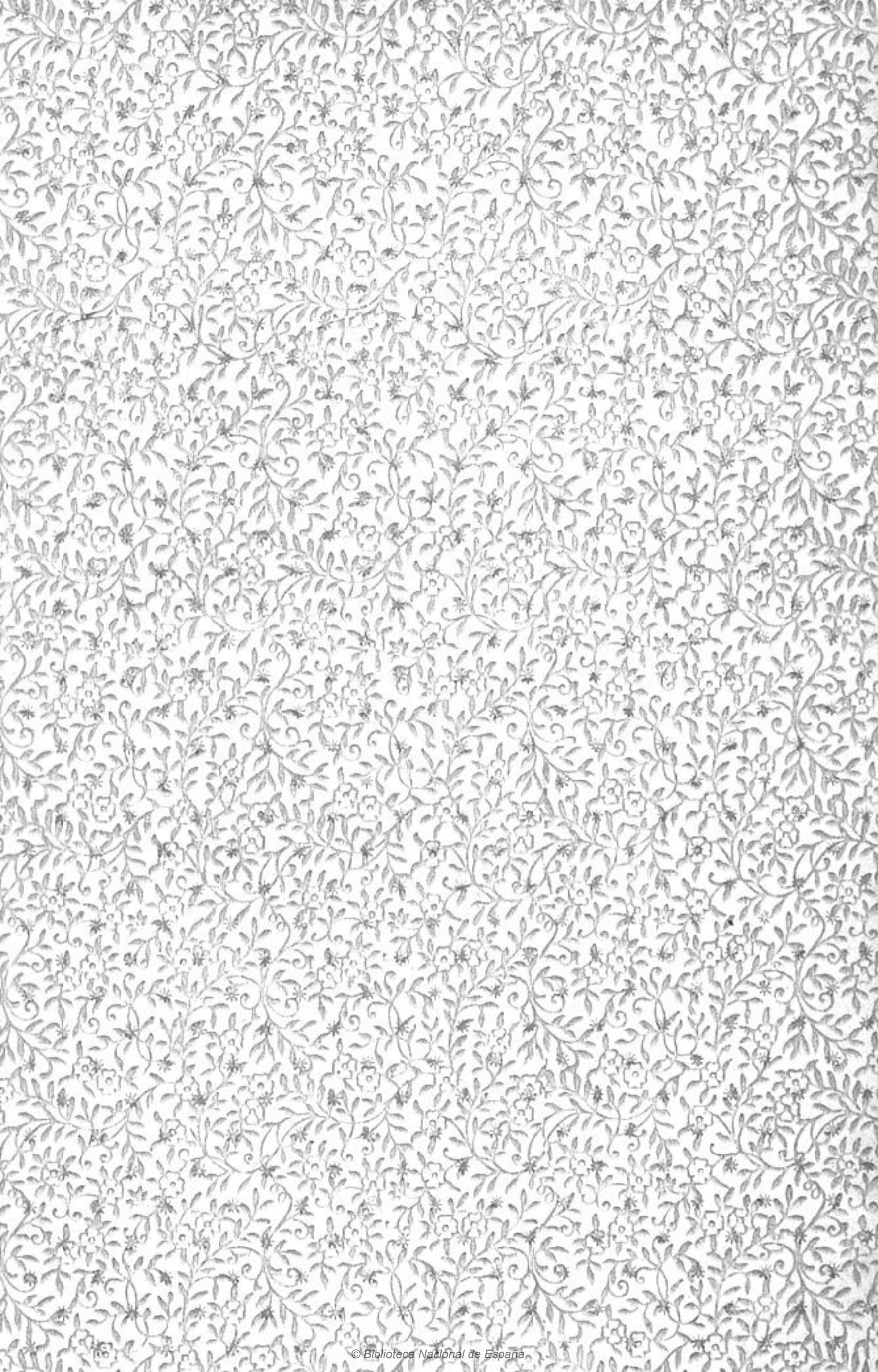
BIBLIOTECA
ENCICLOPÉDICA
PARA
NIÑOS

5



J-2
17146

~~6/~~
~~9476~~





~~4a
1291~~

~~9276~~

J2
17146



BIBLIOTECA ENCICLO-
PÉDICA PARA NIÑOS

V



¿Cómo has venido aquí, encantadora niña, y qué haces? la preguntó el Rey con dulzura.

PREMIO DE APLICACIÓN

SELECTA COLECCIÓN DE
CUENTOS PARA NIÑOS

ILUSTRADOS CON DIBUJOS ORIGINALES DE
MAMUEL ANGEL, MANUEL PICOLO

Y
:: :: ÁNGEL DÍAZ-HUERTAS :: ::

CON CENSURA ECLESIASTICA



ES PROPIEDAD

Imprenta de F. Moliner.
Mendizábal, 6. — Madrid



LOS PRÍNCIPES ENCANTADOS

En un país muy lejano y muy cálido, hacia el que vuelan las golondrinas cuando llega aquí el invierno, vivía un Rey que tenía once hijos y una hija llamada Leonor. Los once hermanos, todos Príncipes, y muy ufanos con su categoría, no habían querido tomar profesor que les diese lecciones en su casa, é iban á la escuela con el pecho adornado con una ancha banda, y una pequeña espada, con vaina de terciopelo y oro, al costado. Escribían con lápices de diamante en pizarras con marco de oro y sabían leer, escribir y contar muy bien; porque habían comprendido que no es bueno ser príncipe ignorante.

Su hermana Leonor, sentada en un banco de cristal de roca, se entretenía en mirar un libro de estampas bellísimas y de una cubierta de marfil y piedras preciosas, de indudable valor.

Ciertamente, estos niños eran muy felices y dignos de envidia; pero la felicidad humana no dura siempre.

Habiendo enviudado el Rey, su padre, se casó en se-



Mirar un libro de estampas.

gundas nupcias con una Reina muy perversa, de carácter dominante y mal corazón y que aborrecía á los niños. Desde el primer día se lo hizo comprender á los Príncipes. Había fiesta en el castillo; los niños jugaban,

y habían acudido muchos extranjeros; pero la Reina en lugar de dar á los hijos del Rey, como de costumbre, pasteles y manzanas asadas, les hacía servir arena en tazas de té, ordenándoles que hiciesen como si comieran y bebieran cosas exquisitas.

En los días siguientes y con el menor pretexto dió de puntapiés y bofetadas á los niños, envió á la niña Leonor al campo con unos labradores; y algún tiempo después dijo unas cosas tan feas al Rey acerca de los pobres Príncipes, que éste los tomó gran antipatía y no se volvió á cuidar de ellos.

—Que vuelen por el mundo y nos dejen libres de cuidados, dijo la mala Reina, que conocía algo las artes de la hechicería; y añadió:—Que se conviertan en grandes aves sin voz.

No pudo, sin embargo, hacerles tanto daño como quería. porque los niños se convirtieron en once magníficos cisnes silvestres. Dieron un grito extraño, y se elevaron volando por encima del parque y de la selva.

Pocas horas después pasaron por delante de la casa donde su hermana Leonor estaba acostada y dormida en la habitación del campesino; se cernieron sobre el tejado, extendieron su largo cuello graznando fuertemente, y batieron las alas; pero nadie les oyó ni les vió. Entonces volvieron á elevarse llenos de tristeza hacia las nubes, volaron por diferentes países y sólo se detuvieron en un gran bosque sombrío que se extendía hasta la orilla del mar.

La pobre Leonor jugaba en la habitación del campesino con las hojas secas desprendidas de los árboles, porque no tenía otro juguete; hizo en una de ellas un agujero y miró el sol al través, creyendo ver de lejos los ojos brillantes de sus hermanos. Cada vez que sentía en sus mejillas los rayos del luminoso astro del día, experimentaba una sensación muy grata, como si sus hermanos la cubriesen de besos.

Así se pasaron los días y los meses. Si el viento agitaba los grandes setos de rosas plantadas delante de la casa, las preguntaba: «¿Qué hay en el mundo más bonito que vosotras?» Y las rosas sacudían la cabeza y respondían: «La niña Leonor.» Los domingos, cuando la vieja aldeana estaba sentada delante de la puerta leyendo su libro de oraciones, el viento la volvía las hojas y decía al libro: «¿Qué puede haber más piadoso que tú?» Y el libro de oraciones respondía: «La niña Leonor.» Y tanto el libro como las rosas decían la verdad.

Cuando llegó Leonor á la edad de quince años volvió al castillo. Cuando la Reina, que no habia tenido hijos, vió la hermosura de aquella joven, se encolerizó y concibió hacia ella un odio terrible. Habría querido cambiarla como á sus hermanos en cisne silvestre; pero no se atrevió aún, porque sabía que el Rey tenía grandes deseos de ver á su hija y la amaba mucho.

Á la mañana siguiente bajó la Reina á la sala de baño, que estaba construida con preciosos mármoles y adornada con blandos almohadones y magníficos tapices.

Pronunció algunas palabras extrañas y se le presentaron arrastrando tres asquerosos sapos; dió un beso á cada uno de ellos, y dijo al uno: «Colócate en la cabeza de Leonor cuando venga al baño, para que se vuelva tan estúpida como tú. Ponte en su frente, dijo al otro, para que se vuelva tan fea como tú y su padre no pueda reconocerla. Colócate sobre su corazón, dijo al tercero, y hazla tan desgraciada que padezca muchos tormentos.»

Después de hechas tan infames recomendaciones, arrojó los sapos al agua, que en el momento se puso verdosa; llamó á Leonor, la desnudó y la metió en el baño.

Apenas había entrado la niña en el agua cuando uno de los sapos se colocó sobre sus cabellos, otro sobre su frente y el tercero sobre su corazón; pero Leonor no pareció advertirlo. Al salir del baño aparecieron en la superficie del agua tres grandes flores rojas de adormideras. Si los animales no hubieran sido venenosos y no hubieran estado embrujados por la Reina hechicera, se habrían convertido en bellísimas rosas. Se convirtieron en flores al tocar la cabeza y el corazón de Leonor, porque ésta era tan piadosa é inocente que la magia no podía ejercer sobre ella ninguna influencia. La envidiosa Reina, viendo que de nada servían sus maleficios, frotó el suavísimo cutis de la joven con jugo de nueces, con lo cual le puso el cuerpo negro. Después untó su lindo rostro con un unguento fétido, y enmarañó su preciosa cabellera de tal modo que fuera imposible reconocerla

En seguida la presentó á su padre, que al verla se asustó y dijo que aquella no era su hija. Nadie la podía reconocer, excepto el perro que guardaba la casa, y las



Al salir del baño.....

golondrinas; pero ¿qué podían decir en su favor estos pobres animales si no sabían hablar?

Entonces Leonor lloró y pensó en sus once hermanos ausentes. Profundamente afligida se escapó del castillo;

sin saber á dónde iba atravesó campos y lagunas, y se metió en un vasto bosque. No sabía á dónde ir; su único deseo era encontrar á sus hermanos, que sin duda, como



Se acostó sobre el blando musgo.

ella, habían sido arrojados del castillo, víctimas del odio de su madrastra.

Llegó la noche. La joven se había extraviado en su camino, y muy fatigada se acostó sobre el blando mus-

go, rezó sus oraciones y apoyó su cabeza en el tronco de un árbol. Reinaba por doquiera el más profundo silencio; el aire era suave y templado, y millares de gusanos de luz brillaban en la hierba y el musgo como pequeños fuegos verdosos. La niña tocó con la mano una rama, y estos brillantes insectos cayeron sobre ella como estrellas errantes. Leonor estaba soñando toda la noche con sus hermanos, á quienes veía jugar como niños, escribir con sus lápices de diamante sobre pizarras con marco de oro y hojear el magnífico libro de estampas que en otros tiempos había tenido. Pero notaba que sus hermanos, en vez de escribir en sus pizarras, como en otro tiempo, ceros y líneas, en la actualidad trazaban el relato de las acciones valerosas que habían llevado á efecto y el de todo lo que habían visto y experimentado. En el libro de estampas todo parecía dotado de vida y movimiento: los pájaros cantaban y los personajes dejaban sus sitios para venir á hablar con Leonor y sus hermanos. Pero tan pronto como la niña volvía la hoja, todos se colocaban de nuevo en sus puestos para que no hubiese confusión en las láminas.

Cuando Leonor despertó hacia mucho tiempo que el sol había salido; pero no pudo verle á causa de los grandes árboles que extendían sus ramas sobre su cabeza. Sin embargo, percibía sus rayos, semejantes á una gasa de oro levantada por el viento. El campo esparcía un perfume delicioso, y las aves venían á posarse

en los hombros de la joven. No había contemplado ésta nunca un paraje tan delicioso.

Sintió el dulce murmullo del agua que corría desde muchos manantiales, y se dirigió á un lago cuyo fondo era de la arena más fina. Aunque el lago estaba rodeado de espesas zarzas, se podía llegar hasta él por un sitio en que los ciervos habían practicado una ancha abertura. Por esta abertura fué por donde Leonor llegó á la orilla del agua, que estaba tan transparente y límpida, que si el viento no hubiera agitado las ramas y las zarzas, se hubiera podido creer que estaban pintadas en el fondo.

Cuando la niña vió su rostro tan negro y tan feo, retrocedió horrorizada; pero en cuanto mojó sus manecitas en el agua y frotó sus ojos y su frente, volvió á reaparecer la blancura de su cutis. En seguida, quitándose los vestidos, se bañó en el agua fresca, y su piel recobró su blanco y rosado matiz. Jamás Princesa alguna había estado tan hermosa.

Se vistió después, y habiendo formado una trenza con sus largos cabellos, fué á una fuente que brotaba allí cerca, bebió agua fresca en el hueco de la mano, y volvió otra vez al bosque, sin saber á dónde dirigirse.

Pensaba la pobre niña en sus hermanos y en Dios, que seguramente no la abandonaría, Él, que alimenta á los pajaritos y á los insectos. No tardó en descubrir un árbol tan cargado de fruta, que sus ramas se doblaban al peso; comió algunos de aquellos frutos, de exquisito

y perfumado sabor, y en seguida penetró en la parte más sombría del bosque. Allí el silencio era tan profundo, que la niña oía el ruido de sus pasos ligeros y el rozar de las hojas secas que rechinaban bajo sus pies. No se veía un solo pájaro, y ni un rayo de sol penetraba al través de las ramas largas y espesas. Los troncos de los árboles estaban tan próximos, que cuando la niña miraba hacia adelante, creía estar metida en un inmenso enrejado formado con maderas. Era una soledad de la que nunca se había formado idea.

Llegó la noche, y fué tan tenebrosa, que la niña no recordaba obscuridad semejante: ni un gusanito de luz brillaba en el musgo; y Leonor, con el alma inundada de tristeza, se acostó y no tardó en dormirse. Su sueño fué muy dulce: la pareció que las ramas se separaban encima de ella, y que Dios, rodeado de graciosos angelitos, la echaba una mirada dulce y penetrante que expresaba inmensa ternura.

Cuando despertó la niña no sabía si aquella aparición era sueño ó realidad. Prosiguió su camino, y se encontró una viejecita que llevaba una cesta llena de frutas, de las que le ofreció algunas. Leonor la preguntó si no había visto once Príncipes á caballo atravesar el bosque.

—No, repuso la viejecita; pero he visto once preciosos cisnes con coronas de oro en la cabeza, nadando en un lago que está muy cerca de aquí. Ven conmigo y te acompañaré.

Y condujo á Leonor á una pendiente, al pie de la cual

serpenteaba un arroyo; las orillas estaban cubiertas de grandes árboles que entrelazaban sus ramas, dejándolas colgar hacia el agua. Leonor se despidió de la vieja, y



Que llevaba una cesta llena de frutas.

continuó siguiendo el curso del arroyo hasta el sitio en que se vertía en un hermoso lago.

Ante los ojos de Leonor se extendía aquel inmenso lago, parecido al mar en toda su magnificencia; pero ni

una vela ni un bote se veía que pudiera llevarla más lejos. Por largo rato contempló en la orilla las innumerables piedrecitas de varios colores redondeadas y alisadas por el agua. El cristal, el hierro, los guijarros, todo había recibido la misma forma, y eso que el agua era aun más tenue y ligera que la mano delicada de la joven.

—Estos cuerpos duros ruedan continuamente, pensó, y así es como lo más resistente llega á pulimentarse. Yo también me propongo ser infatigable. Gracias por la lección que me habéis dado, aguas cristalinas y móviles; mi corazón me anuncia que algún día me llevaréis al lado de mis queridos hermanos.

Observó después que sobre la espuma que el mar arrojaba había once plumas de cisnes blancos, rociadas con algunas gotas de agua que parecían diamantes. ¿Era rocío ó lágrimas? Era difícil decirlo. Leonor recogió aquellas plumas é hizo con ellas un ramillete. No le aburría ya la soledad de la playa, porque el lago, con sus variaciones continuas, ofrecía un espectáculo más interesante que el de todos los que hasta entonces había visto. Cada vez que aparecía algún nubarrón negro, las aguas parecían decir: «También nosotras podemos tomar ese aspecto.» Entonces el viento las agitaba y se cubrían de una blanca espuma. Si, por el contrario, las nubes eran rojas y el viento estaba en calma, las aguas del lago adquirían la tersura del cristal y se ponían tan pronto verdes como blancas. Sin embargo, aun en la

mayor calma, se sentía en la playa un ligero movimiento, y el agua se levantaba suavemente como el pecho de un niño dormido.

Cuando empezaba á ocultarse el sol bajo el horizonte



Leonor recogió aquellas plumas.

Leonor vió once magníficos cisnes silvestres con coronas de oro en la cabeza que se acercaban á la playa. Volaban uno detrás de otro, y parecían formar una

larga banda plateada. Al verlos la joven, trepó por la pendiente y se ocultó detrás de una zarza. No tardó en verse rodeada por los cisnes, que se posaron cerca de ella batiendo sus grandes alas blancas.



Se ocultó detrás de una zarza.

En el momento en que el sol desapareció, cayó el plumaje de las aves, que se convirtieron en los once hermosos Príncipes hermanos de Leonor. Esta dió un grito

al reconocerlos; se echó en sus brazos y los llamó por sus nombres. También ellos mostraron la más viva alegría por encontrar á su hermanita tan alta y tan hermosa; reían y lloraban unos y otros, y en breve comprendieron que eran víctimas de la maldad de su madrastra y se contaron sus historias.

—Mientras brilla el sol en el cielo, dijo el mayor, volamos y nadamos bajo la forma de cisnes; pero en cuanto el sol se oculta volvemos á tomar la forma humana. Por esta razón tenemos que buscar siempre, al ponerse el sol, un punto de apoyo para nuestros pies, porque si continuáramos volando hacia las nubes, caeríamos al convertirse en hombres en el abismo y nos mataríamos. No vivimos en este sitio; habitamos al otro lado del lago, un país aun más hermoso que éste; pero el camino es muy largo, y para llegar allí es preciso que atravesemos este lago, casi tan ancho como el mar, sin encontrar ninguna isla donde podamos pasar la noche. En medio de las aguas se levanta una roca, negruzca, estrecha y solitaria, donde apenas si podemos sostenernos muy apretados los unos contra los otros. Cuando el oleaje está enfurecido nos salpica muchas veces furiosamente el agua, y sin embargo damos gracias á Dios por este asilo, sin el cual pereceríamos. Allí pasamos la noche en forma humana, y éste es el único medio que tenemos para ver nuestra querida patria, porque necesitamos para hacer la travesía los dos días más largos del año. No podemos visitar nuestro país natal más que una vez al año; durante once

días se nos permite estar aquí, y entonces volamos por encima del inmenso bosque, desde donde vemos el castillo que nos vió nacer, y en que reside nuestro padre y sobresale la alta torre de la iglesia donde nuestra madre fué enterrada. Los árboles y los arbustos nos recuerdan nuestros juegos de la niñez: los caballos salvajes corren por las praderas como en la época de nuestra infancia; los carboneros entonan aún las antiguas canciones que escuchábamos con tanta alegría; en fin, ésta es nuestra patria hacia la cual nos arrastra siempre el deseo y á donde tantas veces hemos venido en vano para buscarte, querida hermanita. Aun tenemos dos días para estar aquí; después será necesario que marchemos hacia un país magnífico, pero que no es nuestra patria. ¿Cómo hemos de llevarte al otro lado del mar? No tenemos ni un buque ni la más pequeña barquilla.

—¿Qué podría yo hacer para libraros, hermanos míos? dijo la niña.

Y pasaron casi toda la noche hablando acerca de los medios de que podrían valerse para conseguir su libertad, de modo que no durmieron más que algunas horas.

Leonor se despertó al ruido de las alas de los cisnes que volaban por encima de ella y se marchaban sin acariciarla para no turbar su sueño. Sus hermanos, transformados en aves, se alejaban trazando grandes círculos en el cielo. Uno de ellos solamente, el más joven, no tuvo alientos para dejar á su hermanita, y se quedó con ella. Puso su cabeza en el regazo de la pobre niña que acari-

ciaba sus blancas alas, y así pasaron todo el día juntos. Al caer la tarde regresaron los otros, y en cuanto el sol se puso recobraron sus figuras naturales.

—Mañana nos marchamos, dijo el mayor, y no volveremos hasta pasado un año. Nos da mucha pena el dejarte aquí: ¿tienes valor para seguirnos? Mi brazo es bastante fuerte para sostenerte al través del bosque, y después, nuestras alas reunidas ofrecerán bastante resistencia para llevarte al otro lado del mar.

—Si, llevadme, dijo Leonor; todo, menos perderos de nuevo.

Los Principes pasaron toda la noche trenzando una red con la corteza flexible del sauce y los tallos del junco. Leonor fué colocada dentro, y cuando el sol reapareció, sus hermanos, convertidos otra vez en cisnes silvestres, cogieron la red con sus picos, y como Leonor pesaba poco, sin grandes esfuerzos volaron hacia las nubes con su muy querida hermana. Como los rayos del sol, que era muy ardiente, caían á plomo en el rostro de la joven, uno de los cisnes voló por encima de su cabeza para hacerla sombra con sus alas.

Cuando Leonor despertó se hallaba ya muy lejos de la tierra, y creyó estar aún soñando: tan extraordinario la parecía ser llevada de aquel modo por encima del mar y á tanta altura al través de los aires. Cerca de ella había una rama de que pendían muchos y muy sabrosos frutos, y un paquete de raíces comestibles muy exquisitas que el más joven de sus hermanos la había preparado. Diri-

gióle ella una sonrisa de agradecimiento, porque había reconocido que era él el que volaba por encima de su cabeza haciéndola sombra con sus alas.



Volaron hacia las nubes.....

Los cisnes se elevaron á tal altura, que el primer buque que vieron por debajo de ellos les pareció un pajarito blanco que nadaba en el agua. Detrás de ellos había una nube comparable á una gran montaña. Leonor vió

en ella su sombra y la de los once cisnes, que parecían grandes como gigantes. Era el cuadro más admirable que había contemplado en su vida; pero en cuanto el sol se elevó más en el cielo, esta imagen flotante se desvaneció como la del arco iris.

Con la rapidez de una flecha que hiende los aires volaron todo el día los once cisnes, aunque más despacio que de costumbre, puesto llevaban á su hermana. El cielo amenazaba tempestad y la noche se acercaba; Leonor vió con inquietud que el sol se inclinaba hacia el horizonte sin ver aún la roca solitaria en medio de las aguas. Le pareció también que los cisnes agitaban sus alas con desesperados esfuerzos. ¡Ah! Era que como iban con más lentitud que otras veces se les hacia tarde, y si el sol se ponía se convertirían en hombres y caerían al mar, donde se ahogarian. Desde el fondo de su corazón dirigió Leonor una oración á Dios, pero la roca aun no parecía. La nube negra se acercaba cada vez más; el viento anunciaba una tempestad; retumbaban los truenos, y un relámpago seguía á otro.

Ya el borde inferior del sol tocada en las aguas, y el corazón de la pobre joven palpitaba de angustia. Los cisnes bajaban tan rápidamente que creían que se caían, pero pronto volvieron á tomar su vuelo. El sol estaba ya medio hundido en el agua, cuando llegaron á ver la roca, que parecía más pequeña que un perro marino que saca su cabeza por encima del agua. El sol no asomaba ya más que el borde superior sobre el agua cuando puso

los pies en la roca; y en cuanto se extinguió completamente la luz del astro del día, como la última pavesa de un papel quemado, vió que la rodeaban sus hermanos cogiéndola de la mano. No quedó vacío ni el sitio más pequeño. Las aguas batían con violencia la roca y pasaban sobre las cabezas de la Princesa y los Príncipes como un chaparrón; el cielo parecía de fuego, y el trueno retumbaba sin cesar. Pero la hermana y los hermanos, temblando de frío, continuaban agarrados de la mano, y para consolarse y tomar valor cantaron oraciones al Señor de las alturas.

Al rayar el nuevo día, el aire se había calmado y era templado y puro; los cisnes se elevaron con Leonor en el momento en que apareció el primer rayo de sol. Las aguas estaban aún agitadas, y desde lo alto de los aires su blanca espuma parecía un manto de nieve flotante sobre un cristal.

Á las pocas horas, Leonor vió ante sus ojos un país muy escarpado que parecía flotar en el aire. En medio de blanquísimos ventisqueros y de rocas abruptas se levantaba un castillo majestuoso rodeado de extensas galerías colocadas unas sobre otras. Alrededor de este castillo se extendían frondosos bosques de palmeras, y crecían flores de embriagador aroma y tan grandes como ruedas de molino. Leonor preguntó á sus hermanos si era aquél el país á donde se dirigian; pero los cisnes sacudieron la cabeza diciendo que no, porque este palacio admirable que cambiaba continuamente de as-

pecto estaba habitado por el hada Morgana. Jamás hombre alguno había podido poner el pie en aquella misteriosa comarca. Mientras Leonor contemplaba tan admirable espectáculo, las montañas, los bosques y el castillo se hundieron de pronto, y en su lugar aparecieron veinte iglesias magníficas, todas distintas, unas de altas y afiligranadas torres y de ventanas ojivales, otras del severo estilo bizantino, otras del Renacimiento, y, por último, algunas revistiendo la airosa construcción de las mezquinas árabes y la maciza arquitectura de las pagodas indias. Creyó oír la majestuosa música de los órganos, pero no era sino la música de las olas. Estaba ya muy cerca de estas iglesias, cuando de pronto las vió transformarse en una flota completa que navegaba por debajo de ella. Al poco rato parecieron convertirse en tiburones, y después no quedó más que una ligera bruma sobre las aguas.

No tardó Leonor en descubrir el país á donde se dirigian. Eran montañas azuladas, con bosques de arrogantes cedros, aldeas, villas, ciudades y castillos. Aun faltaban algunas horas para ponerse el sol, cuando se encontró sentada en una roca, delante de una sombría y anchurosa cueva rodeada de plantas trepadoras que parecian tapices bordados.

—Vamos á ver si duermes bien esta noche y tienes hermosos sueños, dijo el más pequeño de los hermanos mostrando á Leonor su alcoba.

—Quisiera soñar en la manera de salvaros, contestó

la joven; y abstraída en este pensamiento invocó el auxilio de Dios, de modo que hasta en sueños no dejó de rezar.

De pronto se creyó llevada por los aires hasta el palacio de Morgana, la reina de las hadas. La misma hada salió á su encuentro, y á pesar de su belleza y de su esplendor, observó que se parecía á la viejecita que la había dado frutas en el bosque y la había hablado de los once cisnes con coronas de oro.

—Sé á lo que vienes, hija mía, dijo acogiéndola bondadosamente, y he de decirte que tus hermanos podrán librarse del encantamiento, pero será necesario que tengas valor y perseverancia. Es verdad que el agua, más ligera que tus manos delicadas, redondea las piedras más duras, pero no siente los dolores que sentirán tus delicadísimos dedos; no tiene sensibilidad y no sufre los tormentos que tú has de sufrir. ¿Ves la ortiga que tengo en la mano? Como ésta crecen muchas cerca de la cueva donde duermes; pero las que crecen en las tumbas del cementerio son las únicas que sirven para el caso. No olvides nada de lo que te digo: cogerás una gran cantidad de esas ortigas, aunque al tocarlas se inflame tu piel y se llene de ampollas; las machacarás después con tus pies, sin retroceder ante los atroces dolores que sientas, hasta convertirlas en hilaza, y con esta hilaza tejerás once túnicas de mangas largas. Coloca estas túnicas sobre los once cisnes silvestres, y el encanto quedará deshecho; pero ten muy en cuenta lo que voy á decirte:

aunque desde el momento en que principies este trabajo hasta aquel en que lo concluyas pasará mucho tiempo, necesitas guardar un silencio absoluto y no decir á nadie, ni aun á tus mismos hermanos, lo que estás



¿Ves la ortiga que tengo en la mano?

haciendo. La primer palabra que saliera de tu boca penetraría en el corazón de tus hermanos como un puñal mortífero. La vida de todos ellos depende de tu lengua; no olvides lo que te advierto.

Y dichas estas palabras, tocó con su ortiga en la mano de Leonor, que se despertó de pronto como si hubiera sentido una quemadura. El día se presentaba muy hermoso, y cerca del sitio donde había dormido se encontró una ortiga muy semejante á la que había visto en su sueño. Entonces se arrodilló, dió gracias á Dios con toda efusión de su alma, y salió de la caverna para comenzar su trabajo.

Cogió con sus preciosas manos las groseras y punzantes ortigas que la abrasaban, y sufrió con gusto el dolor pensando en que así podría desencantar á sus hermanos queridos. Machacó después con sus blancos y pequeños pies desnudos los tallos de las ortigas, é hizo un hilaza verde. En cuanto se hubo puesto el sol, llegaron sus hermanos, y tuvieron un gran disgusto al ver que su hermana se había vuelto de pronto muda, creyendo al principio que era por una nueva hechicería de su madrastra. Pero al ver sus manos hinchadas comprendieron lo que por ellos hacía; el más joven empezó á llorar sobre ella, y en todos los sitios donde caían sus lágrimas cesaba el dolor y desaparecían las ampollas que desfiguraban las manos de la Princesita.

Leonor pasó toda la noche trabajando, sin querer descansar mientras no hubiese libertado á sus hermanos.

Cuando á la mañana siguiente partieron los once cisnes, se quedó en su soledad; sin embargo, nunca habían pasado las horas tan veloces para ella, porque nunca ha-

bia aprovechado tan bien el tiempo. En breve acabó una túnica y comenzó la segunda.

En medio de su tarea sintió el sonido de un cuerno de caza en las montañas y quedó llena de terror. Como



Los tallos de las ortigas.

este ruido se iba acercando cada vez más, aumentando con ladridos de perros, Leonor se ocultó apresuradamente en la caverna, recogió todas las ortigas, hizo con ellas un paquete y se sentó encima de él para ocultarlas.

A los pocos momentos salió de entre las malezas un gran perro, después otro y luego otro. Desaparecieron ladrando y volvieron en seguida, y al cabo de algunos minutos llegaron los cazadores. El más hermoso, que era el Rey del país, se acercó á Leonor. Nunca había visto una joven tan bonita.

—¿Cómo has venido aquí, encantadora niña, y qué haces? la preguntó con dulzura.

Leonor movió la cabeza, porque la vida de sus hermanos dependía de su silencio, y ocultó sus manos bajo su delantal para que el Rey no descubriese las llagas que las cubrían.

—Ven conmigo, prosiguió el Rey; tú no puedes quedarte aquí, abandonada en estas soledades. Si eres tan buena como hermosa; si la ternura de tu alma iguala á la belleza angelical de tu rostro, te vestiré de seda y terciopelo, te pondré una corona de oro en la cabeza y te daré mi castillo más rico para que vivas en él.

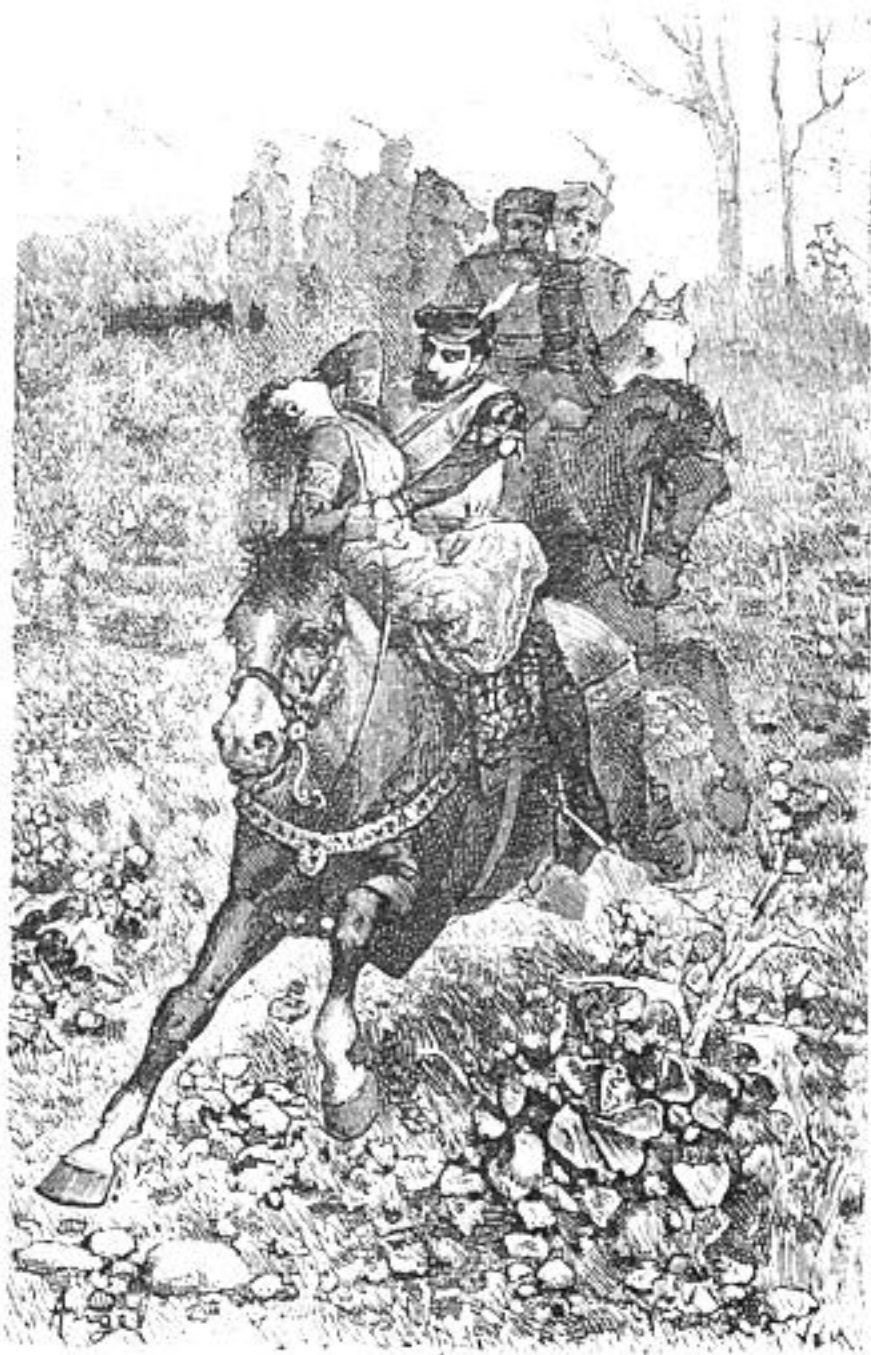
En seguida la tomó en sus brazos y la colocó en su caballo; ella lloró y se retorció las manos de desesperación. Pero el Rey la dijo:

—Yo no deseo más que tu felicidad; algún día me estarás agradecida, niña hermosa.

Y partió á galope al través de las montañas, llevando á la joven delante de él y seguido de los demás cazadores.

Al acercarse la noche, vió la joven la magnífica capital de aquel reino, con multitud de iglesias y cúpulas. El Rey condujo á Leonor á su castillo, en que brotaban

saltos de agua en los altos salones de mármol, cuyas paredes y techo estaban cubiertos de pinturas admirables. Pero en lugar de admirar toda esta magnificencia, Leonor lloró de amargura recordando á sus hermanos que



Y partió á galope.

la echarían de menos. Entretanto, las damas del castillo la pusieron vestidos preciosos, tejieron perlas en sus cabellos y cubrieron sus manos heridas con guantes finos y suaves.

Estaba Leonor tan admirablemente hermosa en este traje, que todos los cortesanos se inclinaron al veria, hasta tocar el suelo con la frente, y el Rey, aunque la creia muda, la escogió por esposa: el Sr. Arzobispo movió la cabeza murmurando que aquella bonita hija del bosque debía ser una hechicera que deslumbraba la vista y aprisionaba el corazón del Rey.

Pero éste, embriagado por la hermosura de Leonor, hizo que los músicos tocasen las más lindas canciones y que los criados sirviesen los platos más exquisitos. Las más preciosas jóvenes del país bailaron en presencia de Leonor, y la llevaron por jardines perfumados á salones de incomparable magnificencia. Sin embargo, ni una sonrisa apareció en los labios de la joven; sólo la tristeza se mostraba en su lindo rostro, porque no dejaba de pensar en sus hermanos.

Ya muy entrada la noche, el Rey abrió la puerta de una alcobita donde Leonor debía dormir; había hecho adornar esta habitación con preciosos tapices verdes que recordaban exactamente la caverna de donde salia. En el suelo estaba el paquete de hilaza de ortigas, y en el techo colgada la túnica que Leonor había tejido. Uno de los cazadores había llevado todo aquello por encargo del Monarca.

—Aquí podrás soñar en tu antigua morada, dijo el Rey á Leonor; aquí tienes el trabajo en que te has ocupado; en medio del esplendor que te rodea, no quiero que eches de menos tu antigua vida.

Al ver los objetos que tanto interés tenía en guardar y que creía perdidos, Leonor sonrió dulcemente y la sangre acudió á sus mejillas. Pensó en la salvación de sus hermanos, y besó la mano del Rey, que la estrechó contra su corazón, haciendo anunciar su matrimonio con salvas de artillería y repique de campanas. La preciosa mudita del bosque, que así la llamaban, había llegado á ser la Reina del país. Algunos chismes inspirados por la envidia llegaron hasta oídos del Rey, pero los despreció y se celebró el matrimonio. El principal promovedor de estos chismes fué un noble Duque, que contaba con que el Rey se casaría con una de sus hijas, y hubo de ser el que se vió obligado á colocar la corona en la cabeza de Leonor, lo que hizo con tanta rabia, que trató de oprimirla con ella la frente. Pero Leonor no experimentó dolor alguno, porque no sentía otro tormento que el que ella se imponía para salvar á sus hermanos. Aun cuando su boca estaba muda, puesto que una sola palabra suya les hubiera costado la vida, sus miradas atestiguaban un profundo afecto hacia el Rey, que tanto se afanaba por hacerla dichosa. Cada día le amaba más y más, y de buena gana se habría confiado á él y le habría referido sus sufrimientos; pero era preciso que continuase muda para poder concluir su trabajo con buen éxito. Por la noche iba sin que nadie lo notase á la alcobita decorada como la caverna, y allí concluyó seis túnicas, una después de otra.

Al ir á comenzar la séptima, la faltó la hilaza; sabía perfectamente que las ortigas, indispensables á su tra-

bajo, crecían en el cementerio, pero estaba obligada á cogerlas por sus propias manos. ¿Y cómo había de llegar hasta allí sin que la observasen?

—¡Ah! se decía, grande es el dolor de mis manos, mas nada supone comparado con el de mi corazón. Pero mi intención es buena y Dios me ayudará.

Tremula como si fuese á cometer una mala acción, se deslizó por el jardín iluminado por la claridad de la luna, recorrió las largas alamedas, atravesó las calles solitarias y llegó al cementerio. Allí quedó aterrada al ver sobre una de las piedras más anchas de los túmulos un círculo de asquerosas brujas que desenterraban los cadáveres y se comían su carne. Se persignó y pasó por delante de ellas; las brujas la persiguieron con sus infernales miradas, pero la joven recitó frecuentemente sus oraciones, cogió las ortigas y las llevó al castillo.

Pero el Duque que la puso la corona y que la vigilaba cuidadosamente, la había visto, y se convenció de que la Reina no era más que una hechicera que había engañado al Rey y á todo el pueblo. No tardó el Rey en saber lo que había pasado; dos gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas, y una duda cruel le desgarró el corazón.

Durante muchas noches fingió dormir, pero sentía levantarse á Leonor, y la seguía silenciosamente hasta la alcobita donde entraba.

El aspecto del Rey se hacía cada día más sombrío, constantemente fruncía el entrecejo como dominado por tristes preocupaciones: la pobre Reina se apercibió

de ello sin adivinar la causa, y este disgusto vino á aumentar aún más los sufrimientos que experimentaba pensando en sus hermanos. Sus lágrimas caían sobre los terciopelos y la púrpura como diamantes deslum-



Cogió las ortigas.

bradores; pero no perdió el valor, prosiguió su trabajo y bien pronto tuvo hechas ya diez túnicas. Le faltaba una, y necesitaba ir por última vez al cementerio á coger ortigas. Pensó con angustia en aquel viaje solitario y en

las espantosas brujas que habia en el cementerio; pero su voluntad era tan firme como su confianza en Dios.

Dirigióse, pues, al cementerio; pero el Rey y el infame cortesano la siguieron; vieronla entrar en el cementerio, y algo más lejos contemplaron á las terribles brujas consumando su espantoso sacrilegio. El Rey volvió horrorizado á su palacio, pensando con espanto en que la bellísima cabeza que habia reposado en su pecho pertenecía á uno de aquellos odiosos monstruos.

—Que el pueblo juzgue á esa desdichada, exclamó; y el pueblo, imbuido por el Duque, la condenó á la hoguera.

La infeliz Leonor, arrancada de los espléndidos salones, con sus túnicas y sus ortigas, fué conducida á un calabozo horrible donde el viento helado silbaba al través de una reja llena de telarañas. En vez de terciopelos y de sedas, tuvo por asiento las ortigas que acababa de coger. Las túnicas ardientes que habia tejido hubieron de servirla de cobertor, y sin embargo, era imposible ofrecerla nada que la pudiera ser más agradable. Reanudó, pues, con la mayor presteza su trabajo, dirigiendo oraciones al cielo, mientras los muchachos entonaban por las calles canciones injuriosas para ella, y nadie la consolaba con una palabra de afecto ó de compasión.

Al anochecer, cuando más entretenida estaba con su trabajo, apareció cerca de la ventana un cisne: era el más joven de los Príncipes, que habia encontrado á su hermana. Leonor comenzó á sollozar de alegría y dió gracias al cielo, á pesar de que la próxima noche debía

ser la última para ella; pero su trabajo tocaba à su fin y sus hermanos estaban cerca de ella.

Enviaron à Leonor un magistrado para que hiciese la confesión de sus crímenes; pero à la vista de aquel hom-



Fué conducida á un calabozo horrible.

bre, la joven alzó desdeñosamente los hombros y movió la cabeza rogándole con la vista y con el gesto que se retirase. Le era preciso en esta última noche terminar su trabajo, sin lo cual sus tormentos, sus lágrimas y sus

largas vigiliass hubieran sido inútiles. El magistrado se retiró pronunciando frases amenazadoras; pero Leonor, fuerte con su inocencia, continuó su tarea.

Colocaron los ratoncillos á sus pies ortigas para ayudarla, y un mirlo, que acudió á la reja, estuvo cantando toda la noche como si quisiera inspirar valor á la joven.

Poco antes de salir el sol, los once hermanos se presentaron en la puerta del castillo pidiendo con gran urgencia ser introducidos á la presencia del Rey. Les contestaron que era imposible, porque aun era de noche, el Rey dormía y nadie se atrevía á despertarle. Pero los hermanos amenazaron de tal modo, que fué preciso llamar á la guardia. Al ruido salió el Rey, que transido de dolor y arrepentido por la sentencia de su esposa no habia podido dormir, y preguntó qué ocurría; pero en aquel momento apareció el sol, y los once hermanos desaparecieron convirtiéndose en cisnes silvestres que se cernían por encima del castillo.

Mientras tanto la muchedumbre acudía á las puertas de la ciudad á ver quemar á la bruja, como llamaban á Leonor. Un caballo flacucho arrastraba la carreta donde iba sentada, vestida con una blusa gruesa. Sus largos y hermosos cabellos rubios caían alrededor de su cabeza; sus mejillas, antes tan sonrosadas, estaban cubiertas de una palidez mortal, y sus labios murmuraban oraciones, mientras sus dedos continuaban tejiendo la hilaza verde. Aun marchando á la muerte no había querido interrumpir

pir su tarea. Las diez túnicas estaban á sus pies, y concluyó la once al llegar cerca del cadalso.

Entretanto, la multitud se burlaba de ella y la dirigía voces injuriosas.

—¡Mirad qué aire de hipócrita tiene esa bruja! En vez de llevar un libro de oración en la mano, continúa sus maleficios hasta el último momento. Arranquémosla esa maldita tela, y rompámosla en mil pedazos.

El populacho se acercó al carro, y ya algunas manos brutales iban á agarrar á la infortunada, cuando de pronto aparecieron los once cisnes blancos, se colocaron á su alrededor en la carreta y agitaron sus grandes alas. La multitud retrocedió con asombro.

—¿Si será una advertencia del cielo? Puede que esa joven sea inocente, dijeron algunos en voz baja.

Pero nadie se atrevió á repetir estas palabras en alta voz.

En aquel momento la joven subía el tablado, y el verdugo la cogió de la mano: ella entonces arrojó muy de prisa las once túnicas sobre los cisnes, y en el mismo momento se transformaron en once hermosos Príncipes. El más joven todavía conservaba un ala en vez de un brazo, porque una de las mangas de la última túnica estaba aún por concluir.

—Gracias á Dios, ya puedo hablar, gritó la joven, que se sentía muy feliz; sabed que soy inocente.

Entonces el pueblo al ver lo que ocurría se inclinó ante Leonor como ante una santa; pero la joven Reina,

sucumbiendo á tanta emoción, cayó sin sentido en los brazos de sus hermanos.

—Sí, nuestra hermana es inocente, dijo el hermano mayor.

Y contó toda la verdad. Mientras hablaba se esparció un perfume semejante al de las más delicadas esencias, porque cada uno de los maderos que formaban la hoguera había echado de pronto raíces, cubriéndose de hojas y de flores. El paraje del suplicio se había transformado en un espeso bosquecillo de rosales rojos, y sobre ellos brillaba una flor blanca como una estrella. El Rey cogió esta flor, y cayendo de rodillas la colocó en el corazón de Leonor que mostró en su bellissimo rostro la expresión de la paz y de la felicidad.

Todas las campanas de las iglesias comenzaron á repicar alegremente; acudieron las aves en alegres bandadas, y jamás hubo un rey que tuviera un séquito como el que llevó al castillo á los dos jóvenes esposos, ya felices para siempre.

En cuanto á la madrastra, que tan cruelmente había tratado á Leonor y sus once hermanos, murió de pena al saber que todos eran dichosos. El Rey padre abdicó la corona, que heredó el mayor de los Príncipes, y los otros diez hermanos tuvieron cada uno un reino á cual más rico y poderoso, y vivieron siempre en la mejor armonía.

FIN DE LOS PRÍNCIPES ENCANTADOS.



LAS DOS HERMANAS

Una viuda tenía dos hijas; una de ellas era muy guapa y trabajadora, la otra muy fea y perezosa. Pero como la primera era su hijastra, quería mucho más á la fea, y aquélla tenía que hacer todo el trabajo, y era la mártir de la casa. La pobre niña tenía que sentarse todos los días al borde de un pozo é hilar tanto, que la saltaba la sangre de los dedos. Sucedió un día que el huso estaba lleno de sangre, é inclinándose sobre el pozo, para lavar-lo, se le escapó de la mano y se cayó al agua. Llorando se fué á la madrastra y la contó su desgracia. Esta la riñó muchísimo, y tan cruel era que la dijo:

—Ya que has dejado caer el huso, baja á buscarlo.

Volvió la niña al pozo sin saber qué hacer; pero tenía tal miedo á su madrastra, que en su angustia se tiró al pozo para buscar el huso. Perdió el conocimiento, y cuando volvió en sí se encontró en una hermosa pradera

donde calentaba el sol y había hermosos jardines llenos de flores. Fue andando por el prado, y llegó á un horno que estaba lleno de pan, y el pan le gritaba:



Sobre el pozo para lavarlo.

—¡Sácame, sácame, ó me quemo! ¡Hace rato que estoy cocido!

Y la niña fué y lo sacó todo.

Siguiendo luego su camino, llegó á un árbol cargado de manzanas, que le gritaron:

—¡Sacúdenos, sacúdenos! ¡Estamos todas maduras!

Sacudió el árbol, y vió que caían manzanas como si lloviera, y sacudió hasta que no quedaba ninguna en el árbol, y después de amontonarlas todas, siguió su camino.

Al fin llegó á una casita, y vió á una vieja que tenía los dientes tan largos, que tuvo miedo y quiso huir. Pero la vieja la gritó:

—¿De qué tienes miedo, hija mía? Quédate conmigo; si quieres hacer todos los trabajos de la casa, te irá bien; sólo tienes que tener cuidado de hacerme la cama y de sacudirla bien, de manera que las plumas vuelen, pues entonces nieva en la tierra.

Como la vieja la hablaba con tanta amabilidad, ganó la confianza de la niña, y ésta entró á su servicio. Procuraba dar gusto á la vieja en todo, y la sacudía la cama y volaban las plumas como copos de nieve; por eso la iba muy bien con ella, nunca oía una palabra dura, y todos los días comía excelentes manjares.

Después que hubo pasado una temporada en casa de la vieja empezó á entristecerse, sin saber ella misma lo que le pasaba; por fin se apercibió de que echaba mucho de menos á su país, y aunque lo pasaba mil veces mejor que en su casa, sin embargo tenía deseos de volver á ella. Por fin, dijo á la vieja:

—Aunque me vaya muy bien aquí, no puedo quedarme por más tiempo; tengo grandes deseos de ir á ver á mi hermana y á mi madrastra, á pesar de lo crueles que fué conmigo.

La vieja la contestó:

—Me gusta que tengas deseos de volver á tu casa, y como me has servido tan fielmente te acompañare yo misma.

Ella cogió de la mano y la llevó delante de una gran puerta. Esta se abrió, y cuando la niña estuvo en su dintel, cayó una lluvia de oro, y todo el oro se adhirió á ella, de manera que la cubrió.

—Ten eso, la dijo, por haber sido trabajadora.

Y le devolvió también el huso que se le había caído al pozo.

Luego se cerró la puerta, y la joven se encontró en el mundo, cerca de la casa de su madre, y cuando llegó al patio el gallo estaba sentado en el pozo, y exclamó:

«¡Quiquiriquí!
¡Nuestra doncella llena de oro está aquí!»

La joven contó todo lo que la había sucedido, y cuando la madre se enteró cómo había alcanzado las riquezas, deseaba obtener lo mismo para su hija fea y perezosa.

Ella hizo sentarse en el brocal del pozo á hilar; y para manchar su huso de sangre, la pinchó el dedo y metió la mano en un zarzal. Llegó, como la otra, al hermoso prado y siguió el mismo camino. Cuando llegó al horno, gritó de nuevo el pan:

—¡Sácame, sácame ó me quemo! ¡Hace tiempo que estoy cocido!

Pero la perezosa contestó:

—Quédate ahí hasta que estés negro; yo no quiero mancharme los dedos.

Y se marchó.

Poco después llegó al manzano, que gritaba:



La pinchó el dedo.

—¡Sacúdeme, sacúdeme! ¡Todas estamos maduras!

Pero ella contestó:

—En eso pienso..... ¡Para que se me caiga alguna en la cabeza!

Y siguió su camino.

Cuando llegó á casa de la vieja no tenía miedo, porque ya había oído hablar de sus largos dientes, y entró en seguida á su servicio. El primer día hizo un esfuerzo, se aplicó y obedecía á la vieja cuando ésta la mandaba algo, porque pensaba en las riquezas que la regalaría; pero al segundo día ya empezó á holgazanear, al tercer día más, y por fin se negó á levantarse temprano. Tampoco hacía la cama de la vieja, y no la sacudía las plumas para que volaran.

La vieja pronto se cansó de ella, y la despidió. La perezosa se alegraba, esperando la lluvia de oro.

La vieja la condujo también al portal, y cuando estuvo en él, vació una caldera de pez hirviendo encima de ella.

—Eso es la recompensa de tus servicios, dijo la vieja, y cerró la puerta.

Llegó á casa la perezosa cubierta de pez, y el gallo en el patio, cuando la vió, exclamó:

«¡Quiquiriquí!
¡Nuestra doncella sucia está aquí!»

Y no pudo quitarse la pez mientras vivió. En cambio, la niña guapa y buena hizo un excelente casamiento y fué muy feliz.

FIN DE LAS DOS HERMANAS.



LA ALDEANA LISTA

Había un pobre campesino que no tenía tierras; sólo poseía una modesta casa y una hija; un día dijo ésta:

—Debíamos pedir al Rey un pedazo de tierra.

Enterado el Rey de la pobreza en que vivían, les regaló un pedacito de tierra, que el padre y la hija labraron, para sembrar en él un poco de trigo y fruta. Cuando ya tenían arado casi todo el campo, se encontraron en la tierra un almirez de oro puro.

—Escucha, dijo el padre á la joven; puesto que el señor nuestro Rey ha sido tan bondadoso con nosotros y nos ha regalado el campo, le devolveremos el almirez.

Pero la hija no quería, y dijo:

—Padre, si le damos el mortero sin la mano del almirez, creerá que nos la hemos guardado y nos la hará buscar también; más vale que te calles.

Pero él no quiso obedecerla; tomó el mortero, lo

llevó al Rey, y le dijo que lo había encontrado en el campo, y que debía aceptarlo como prueba de su estimación.



Un almirez de oro puro.

El Rey tomó el mortero y preguntó si no había encontrado otra cosa.

—No, contestó el labrador.

Entonces dijo el Rey que fuese á buscar también la

mano del almirante. El labrador le contestó que no la habían encontrado; pero el Rey insistió, y todo cuanto el pobre hombre dijo fué predicar en desierto.

El Rey mandó que le encarcelaran y que no le dejasen en libertad hasta que entregase la mano del almirante.

Los criados le llevaban todos los días pan y agua, lo que se suele dar en la cárcel, y un día oyeron que el hombre no cesaba de gritar:

—¡Ojalá hubiera escuchado á mi hija! ¡Por qué no habré escuchado á mi hija!

Los criados fueron al Rey, contándole que el labrador gritaba continuamente: «¡Ojalá hubiera escuchado á mi hija!» Y añadian que el preso no quería ni comer ni beber.

Entonces mandó á los criados que le trajesen al labrador, y el Rey le preguntó que por qué gritaba sin cesar: «¡Ojalá hubiera escuchado á mi hija!»

—¿Pues qué es lo que te decía tu hija?

—Me dijo, señor, que no os diese el mortero, porque tendríamos que buscar también la mano del almirante.

—Ya que tienes una hija tan lista, mándala que venga.

Y tuvo que presentarse delante del Rey, y éste la dijo, que pues era tan lista, la propondría un acertijo, y si lo acertaba se casaría con ella.

La joven respondió que haría la prueba.

Entonces dijo el Rey:

—Ven ni vestida ni desnuda, ni á caballo ni en coche,

ni por el camino ni fuera del camino; y si me obedeces, me casaré contigo.

Fué la aldeana y se desnudó completamente, con lo cual dejó de estar vestida; luego cogió una red muy grande y se envolvió en ella, de modo que dejó de estar desnuda; alquiló un burro, le sujetó la malla á la cola, y se hizo arrastrar, no yendo por lo tanto montada ni en coche, y el burro tuvo que arrastrarla por los carriles de la vía férrea, de manera que ella no tocaba la tierra más que con el dedo pulgar del pie, y no venia ni fuera ni por el camino.

En cuanto llegó á presencia del Rey, dijo éste que había adivinado el acertijo.

Dió libertad á su padre, se casó con ella, y la hizo señora de todos sus bienes.

Pasaron unos cuantos años, y un día que el Rey fué á una revista, aconteció que unos aldeanos que venían de vender leña se pararon delante del palacio Real: unos llevaban bueyes, otros caballos. Y había un labrador que tenía tres yeguas, y uno de ellos una jaquita que se escapó y se echó entre dos bueyes enganchados á un carro.

En cuanto los labradores se reunieron, empezaron á disputar, á reñir y á alborotar; el dueño de los bueyes quería quedarse con la jaquita, diciendo que era hija de sus bueyes; y el otro decía que lo era de sus caballos, y que por lo tanto le pertenecía.

Llegó la disputa á oídos del Rey, el cual dió fin á la

cuestión diciendo que se quedara la jaca en donde se había encontrado, y así se quedó con ella el dueño de los bueyes, y, sin embargo, no era suya. El otro se fué desesperado y llorando por su jaquita; pero había oído que la Reina era muy bondadosa, porque también descendía de pobres aldeanos; fué, pues, á ella, y la rogó que influyese para que le devolviesen su jaquita.

Y ella dijo:

—Si prometes no decir á nadie una palabra te diré lo que debes hacer: mañana por la mañana, cuando el Rey vaya á la revista, ponte en medio de la calle por donde tiene que pasar; coge una red muy grande, y haz como si estuvieses pescando; echa la red y vacíala como si la tuvieses llena; y le dijo también lo que debía contestar si el Rey le dirigía alguna pregunta.

Al día siguiente el labrador se puso á pescar en seco. Al pasar el Rey, y viéndolo, envió á un criado á preguntar qué era lo que intentaba aquel farsante.

El labrador contestó:

--Estoy pescando.

El criado le preguntó que cómo se arreglaba para pescar en donde no había agua.

Entonces respondió el labrador:

—Si dos bueyes pueden tener por hijo una jaca, ¿por qué no he de poder yo pescar en seco?

Fué el criado á llevar al Rey la contestación, el cual mandó llamar al labrador, y le dijo que aquella respuesta era demasiado aguda para ser de su cosecha, y

que deseaba saber quién se la había inspirado; que lo confesara al instante.

Pero el labrador no lo quiso hacer, insistiendo en que nadie se lo había dicho.

Tanto le golpearon y le atormentaron, que al fin confesó que la Reina se lo había dicho.

Cuando el Rey volvió á su palacio, dijo á su mujer:

—¿Por qué eres tan falsa conmigo? No te quiero más por mujer; vuélvete á la choza de donde has venido.

Sólo una cosa la permitió: que se llevara lo mejor y lo más querido para ella en señal de despedida.

Ella dijo:

—Querido marido, si lo mandas así, te obedeceré.

Y echándose en sus brazos le besó, diciéndole que quería despedirse de él.

Después mandó preparar un fuerte narcótico para beber en compañía de su esposo por última vez. Ella apenas lo probó; pero el Rey bebió un trago, y quedó profundamente dormido.

Cuando la Reina lo vió en tal estado le envolvió en un lienzo blanco, mandó á los criados que lo llevaran así á un coche que estaba á la puerta, y lo trasladó á su casita. Al llegar allí le echó en su cama, y el Rey durmió día y noche.

Al despertarse miró en torno suyo, y dijo:

—¿Dios mío! ¿Dónde estoy?

Y llamó á sus criados, pero ninguno le contestaba.

Por fin acercóse su mujer al lecho, y le dijo:

—Querido señor y Rey, me has permitido que me lleve del castillo lo mejor y lo más querido, y como no tengo nada mejor ni más querido que tú, te he traído aquí.

Al Rey le saltaron las lágrimas al oír esto, y dijo:

—Querida esposa, tú serás mía y yo tuyo.

Y se la llevó otra vez al palacio Real, donde por espacio de largos años vivieron siendo felices.

FIN DE LA ALDEANA LISTA.



PARAÍSO Y TENTACIÓN

Pues señor: había un hijo de un rey que poseía una magnífica biblioteca en cuyos libros podía aprender y contemplar, merced á sus soberbios grabados, todo cuanto en la tierra había acontecido. Mas, no obstante de que dichos volúmenes daban noticias de todos los países, no decían ni una palabra siquiera del punto en que se encontraba el Paraíso; precisamente lo que al Príncipe le interesaba más.

Le había contado su abuelita, cuando era niño, que cada flor del jardín del Paraíso era un exquisito dulce, y que de la tierra se extraía un delicioso néctar. En los dulces, en unos se leía escrita la historia, en otros la geografía, la aritmética, etc., etc.; con lo que no había más que dar gusto al paladar comiéndose unos cuantos dulces de aquéllos para saber la lección; y claro es, mientras más se comían, más instrucción se alcanzaba.

En su tierna infancia el Príncipe recibía como verdades estos cuentos; mas á proporción que crecía en cuerpo y reflexión, fué discurriendo también que en el



Una magnífica biblioteca.

Paraíso debía haber otras muchas cosas más maravillosas.

—¿Por qué Eva, se decía, cogería la fruta del árbol prohibido? ¿Por qué Adán la comería? No hubiera yo

hecho tal cosa á estar en su lugar, y el pecado no sería conocido en el mundo.

Así discurría entonces el Principe y así seguía discutiendo cuando llegó á los diez y siete años. El Paraíso era su preocupación.

Amante de la soledad, se paseaba un día por frondoso bosque, sin reparar en que la noche le iba á sorprender de pronto.

En un instante las nubes cubrieron la bóveda del cielo, descargando sobre la tierra una lluvia tan fuerte, que parecía que el espacio se desplomaba en catarata. La obscuridad era tal, cual nos podemos imaginar que sería el caos. El Principe, tropezando aquí, resbalando allá y cayendo acullá, ó metiéndose en los charcos, calado hasta los huesos, pudo trepar á unas rocas cubiertas de suave musgo. Desvanecido de cansancio iba á caer, cuando un ruido extraño le hizo fijar su atención, y vió delante de sí una inmensa cueva, alumbrada por una gran fogarata en la cual se veía un venado ensartado en el asador por los cuernos, que giraba entre dos grandes troncos de encina. Una mujerona, vieja pero fuerte, semejante á un hombre con faldas, estaba en cuclillas delante de la lumbre, echando de vez en cuando ramajos de leña.

—Acércate y ponte aquí para secar tus vestidos, le dijo.

—Mucha corriente de aire hay aquí, observó el Principe, sentándose en el suelo.

—¡Toma, toma! pues esto no vale nada; ya verás lo que es bueno cuando mis hijos vuelvan. Sábetete que te encuentras en la caverna de los vientos, y que éstos son mis hijos. ¿Entiendes?



Delante de la lumbre....

—Si no te explicas más..... ¿Qué hacen tus hijos?

—Esa es una pregunta necia. Mis hijos hacen lo que les parece; juegan á la pelota con las nubes en el espacio.

—Bueno, dijo el Príncipe; pero no hay motivo para que me hables con dureza, faltando en ti la dulzura que suele acompañar á las demás mujeres.

—¡Claro! necesitan embaucar á los hombres. En cuanto á mí, me conviene la rudeza para tener á raya á mis muchachos. Así los domo á pesar de su natural rebelde. ¿Ves esos cueros vacíos que cuelgan en esa pared?..... Pues mis hijos los temen más que los niños al *Coco* ó al encierro de la cueva. Sé lo que me hago, ¿entiendes? y cuando me parece los meto de cabeza en ellos, donde se están sin resollar hasta que yo quiero soltarlos. Aquí llega uno.

Era el viento Norte, que venia acompañado de frío glacial, que cernía á su paso granizos como avellanas y duros copos de nieve sobre la tierra. Dicho viento vestía americana y calzones de piel de oso; montera de piel de perro marino le caía sobre las orejas, y largos carambanos de hielo colgaban de sus mostachos y estropajosa barba.

—No se aproxime usted de pronto al fuego, le dijo el Príncipe, porque corre usted el peligro de llenarse de sabañones.

—¿Sabañones? ¡Ja, ja! dijo el viento riendo como un chiquillo; nada me gusta más que el placer que su picor me causa. Pero á todo esto, ¿quién eres tú, piquito de cotorra, que te atreves á entrar en la guarida de los vientos?

—Es mi huésped, ¿lo entiendes? dijo la madre, y si no

te satisface esta explicación, ya sabes para qué están ahí colgados esos cueros. No tengo que decirte más sobre este punto.

A esta amenaza, el viento Norte puso punto en boca. Luego comenzó á contar de dónde venía y cómo había ocupado el tiempo durante un mes.

—Vengo, dijo, de la región polar, donde he hecho estación en el país de los osos, con los rusos pescadores de focas. Hallábame soñoliento sobre el timón cuando doblaron el cabo de mi nombre. De cuando en cuando, durante mi modorra, el pájaró de las tormentas pasaba por entre mis piernas: es muy hermoso, da un ruidoso y rápido aletazo, lanzándose como una flecha, y sin interrumpir su marcha queda extendido y sin aleteo perceptible.

—Menos adornos en la charla, dijo la madre, y cuéntanos algo de la tierra de los osos.

—¡Es un país divino!; Qué suelo más á propósito para bailar! Terso como un cristal. Obsérvase en él, cuando la nieve está á medio fundir, peñas agudas y afiladas, y esqueletos de focas y osos blancos semejantes á piernas y brazos de gigantes. Creeríase que los rayos del sol jamás han penetrado en tan apartados lugares. Cuando hube disipado las densas brumas con un soplo, descubri una vivienda construída con los restos de un buque, y cubierto con pieles de focas. En el tejado gruñía un oso blanco. Luego me dirigí á la playa, donde me recreé contemplando los nidos de los pájaros, cuyos hijuelos,

aun desnudos, empezaban á dar sus insoportables chillidos, y á un soplo mío, miles de estas gargantas se cerraron para no volverse á abrir sus picos. En otro lado



En el tejado gruñía un oso blanco.

se arrastraban los lobos marinos con sus chatas cabezas de bulldog y sus descomunales dientes.

—Charlas muy bien, hijito mío, dijo la madre, y oyéndote se me cae la baba. ¡Vaya!

—Comienza la pesca; lánzanse los arpones al costado

de una foca, y una columna de humeante sangre se eleva al cielo. Entonces me dije yo: «allá voy», púseme á soplar con todas mis fuerzas, y los gigantescos témpanos de hielo como disciplinadas tropas marcharon contra los barcos pescadores, armando el más espantoso tumulto. ¡Qué de clamores! ¡Qué de gemidos se oyeron! Pero yo silbaba, produciendo más ruido que ellos. Obliguéles á desembarcar sobre el hielo las focas muertas, las cajas y todo el aparejo. Luego arrojé sobre ellos copiosa nevada, y les obligué á dirigirse hacia el Sur. Y no hay cuidado de que vuelvan al país de los osos; ¡ja, ja!

—¡Cuánto mal has causado! dijole su madre.

—Ya dirán los otros los bienes que les he proporcionado. Aquí viene mi hermano el Oeste; es el más agradable de todos nosotros; es un conecedor perfecto de la mar, y esparce siempre una temperatura deliciosa.

—¿Es el Cefirillo? preguntó el Príncipe.

—Es Céfiro, que no es tan pequeño. En su infancia era un bonito chiquillo; hoy está muy cambiado.

Céfiro tenía aspecto salvaje; cubríale la cabeza una chichonera que le resguardaba de los golpes, y empuñaba una maza de encina, cortada en los bosques de Extremadura.

—¿De dónde vienes? preguntó la madre.

—De los más apartados bosques, donde las lianas espinosas forman un seto entre árbol y árbol; donde la serpiente acuática está enroscada en la hierba fresca por el rocío, y donde el hombre es inútil.

—¿Qué has hecho allí?

—Mirar al río que de las peñas mana convertido en polvo; subir á las alturas del espacio para describir en él grandioso arco iris. He contemplado al búfalo indomable siendo juguete de impetuoso torrente, y á bandadas de patos que le seguían nadando; mas éstos tomaron vuelo cuando llegaban á las cataratas, y aquél era arrastrado por la corriente al insondable abismo. ¡Espectáculo sublime! Su magnificencia me entusiasma; promuevo con mis resoplidos una tempestad, con la cual arranqué de raíz los más antiguos y corpulentos árboles que la fuerza de mi resuello esparció por el espacio con igual facilidad que pudiera hacerlo con leves pajas.

—¿Eso has hecho nada mas, hijo mío?

—He retozado por las inmensas sabanas, acariciando á los caballos salvajes, y descargando de su pesado fruto los agobiados cocoteros. Decir todo lo que he hecho sería el cuento de nunca acabar. ¿Verdad, abuela? dijo.

Y al ir á dar un fuerte abrazo á su madre, la hizo caer con violencia. ¡El chico era muy bruto!

Entonces entró el viento Sur, con turbante y flotante manto beduino.

—¡Mucho frío hace aquí! dijo, y echó un brazado de leña al fuego. Bien se conoce que mi hermano Norte ha llegado antes.

—¡Si hace aquí un calor suficiente para tostar un oso blanco!

—¡Tú sí que me resultas un oso blanco! contestó el viento Sur.

—Á ver, niños, si estáis como Dios manda; si no, os meto donde sabéis, gritó la vieja avinagrando el gesto; y siéntate tú sobre esta piedra y danos cuenta de dónde vienes.

—De África mamita mía, contestó el viento Sur. He presenciado la caza de leones por los hotentotes en la región de los cafres. La hierba que crece en aquellas llanuras es mayor que los olivos. Un avestruz se las apostó conmigo á correr, y bien pronto comprendió lo avestruz que era atreviéndose conmigo. Llegué después al desierto; el color amarillo de su arena produce á la vista el efecto del fondo del mar. Vi pasar una caravana que había matado ya su último camello para mitigar su sed; pero el animal sólo contenía una insignificante cantidad de agua. El sol abrasaba la cabeza de aquellos infelices, y la arena les quemaba los pies, y el desierto parecía extenderse al infinito. Entonces yo, enroscándome fino y sutil, les obligué á arremolinarse en giratorias columnas, que formaron una danza gigantesca y espantosa, muy digna de ver. Deteniase amedrentado el dromedario; el mercader, envolviendo en el turbante su cabeza, se prosternaba ante mi como ante Alah. ¡Pobres gentes! A todos los he dejado enterrados bajo una inmensa pirámide de arena. Otro día volveré á soplar un poco, para que el sol blanquee los huesos hacinados que han de dar testimonio á sucesivas caravanas de no ser ellas

las primeras de haber visitado aquellos parajes. Sólo así lo creerán.

—¡Solamente daño has hecho! rugió la madre. ¡Al momento al odre!



Abrasaba la cabeza de aquellos infelices.

Y agarrando al pobre Sur por la cintura, lo metió en el pellejo, que ató fuertemente, y donde el cuitado se agitó inútilmente hasta que se cansó, y quedó tranquilo.

—Tiene usted unos hijitos muy valientes, dijo el Príncipe.

—¡Si, tienen su geniecillo! pero conmigo no les vale. Aquí llega el cuarto también.

Era el viento Este, vestido á lo chinesco.

—¡Calla! ¿Vienes de ese lado? dijo la madre; yo te creía en el Paraíso.

—No, hasta mañana no voy, replicó el interpelado. Precisamente hará sus cien años que no he estado allí. Ahora vengo de la China, donde he girado alrededor de sus torres de porcelana haciendo sonar todas las campanillas, y quebrando bambúes con violencia, que al saltar iban á chocar contra los mandarines, que de este modo recibían una soberana paliza en las calles sobre sus costillas, así pertenecieran ellos á la primera ú oncena categoría. Y, cosa divertida, en medio del chaparrón de palos que les caía á los pobres, exclamaban: «¡Cuánto se lo agradecemos, padre y bienhechor nuestro!» Pero el demonio que les creyera; y yo volvía á conmover las campanillas, que á coro cantaban tilín, tilín, tilín.

—¡Qué divertido eres! le dijo su madre. Será muy provechoso que partas mañana para el jardín del Paraíso; tu instrucción aventajará mucho por ello. Échate un buen trago en la fuente de la Sabiduría, y tráenos unas cuantas botellas por acá.

—Corriente, no faltaré; pero ¿por qué has castigado á mi hermano Sur al encierro? Necesito que me informe acerca del ave Fénix, porque la Princesa del Paraíso

me pide noticias de ella cuando la visito cada centuria. Saca del odre á mi hermano, y te regalaré todo el té que traigo en mis bolsillos, té del mejor que se coge en el pais que lo produce.

—Por el té y porque eres mi hijo predilecto sacaré á tu hermano de su prisión.

El viento Sur salió en libertad, un tanto avergonzado por la corrección sufrida ante un extraño.

—Toma, aquí tienes en esta hoja de palmera escrita la historia del ave Fénix, única que existe en el mundo, y que me la ha dado para la Princesa del Paraíso la propia interesada. La Princesa puede entretenerse en leerla por sí misma. Yo, yo mismo, he visto al Fénix dar fuego á su propio nido y consumirse en una llama. ¡Qué perfume tan aromático esparcía el humo de aquella fogarata. Consumida el ave por completo, no quedando de ella más que las cenizas, vi formarse de éstas un huevo rojo y brillante como el rubí, y surgir de él con gran resplandor la única ave Fénix que en el mundo existe. Ha doblado con su pico la punta de esta hoja de palmera, y con esta delicadeza rinde sus respetos á la Princesa.

—Ahora vamos á comer, dijo la madre.

Y todos tomaron asiento para comer el ciervo asado.

El Principe se colocó al lado del viento Este, y pronto los dos se hicieron verdaderos amigos.

—Dime, preguntó el Principe, ¿quién es esa Princesa de quien tanto habláis, y dónde está situado el Paraíso?

—Entiendo, entiendo, respondió el viento del Este; si deseas ir allá, puedes acompañarme mañana; pero ten en cuenta que desde Adán y Eva ningún hombre ha estado en él. Ya sabrás esto por la Biblia.

—Claro que sí, dijo el Príncipe.

—Cuando de él fueron arrojados, siguió el viento, el Paraíso se hundió por una depresión de la tierra, sin perder, no obstante, la bienhechora y hermosa luz del sol, su agradable temperatura y toda su incomparable magnificencia. Ahora es la morada de la Reina de las hadas, y contiene la isla de la Felicidad, deliciosa mansión donde la muerte es desconocida. Me acompañarás á ella mañana, llevándote yo sobre mis hombros. Y basta ya de conversación. Vamos á dormir, que lo necesito.

Al momento se durmieron todos.

Al despertar el Príncipe al día siguiente, no se sorprendió viéndose en las nubes, montado sobre los hombros del viento Este. Tan altos subieron, que los campos, los bosques, los ríos y los lagos aparecían á su vista como una gran esfera geográfica iluminada.

—Vamos, hombre; ¡buenos días! le dijo el viento Este; habrías podido dormir un poco más, porque no es gran cosa lo que hay que ver en las llanuras que atravesamos, á no ser que te distraigas contando los templos, que parecen puntos de plata en inmenso tapiz de esmeralda.

Así nombraba el viento á los campos y praderas.

—¡Cuánto siento, dijo el Príncipe, de no haberme despedido de tu madre y hermanos!

—Te cogí durmiendo; esto te disculpa, le dijo el viento Este acelerando su vuelo.



Sobre los hombros del viento Este.

Sobre las copas de los árboles murmuraban, agitándose, las hojas y el ramaje á carrera; agitábase la mar y los lagos; encrespábanse las olas, y los grandes bu-

ques, que semejaban á gallardos cisnes, se inclinaban hondamente en las aguas.

Al aproximarse la noche, las ciudades populosas ofrecían un aspecto muy vistoso: brillaban millares de luces acá y allá, semejando á las chispas que de un lado á otro corren en los bordes de un papel quemado cuando se está apagando. El Príncipe, entusiasmado con el espectáculo, aplaudía con tanta viveza, que el viento Este tuvo que suplicarle que se estuviese quieto si no quería caer y quedarse enganchado en la veleta ó aguja de un campanario.

El águila vuela rápidamente por encima de las florestas y bosques sombríos; pero el viento Este volaba con más celeridad.

El cosaco, sobre un ligero caballejo, no encuentra distancias en el espacio; pero el Príncipe le atravesaba con más velocidad aún.

—Vamos, ahí tienes el Himalaya, dijo el viento del Este; es la más encumbrada montaña del Asia. Ya pronto llegaremos al Paraíso.

Volaron en dirección del Mediodía, y en breve los perfumes de las flores y de las ricas especias llegó en deliciosas emanaciones hasta ellos. Brotaban por todas partes la higuera y el lustroso granado con su bellissima flor purpurina, y la viña salvaje veíase agobiada de racimos morados y rojos; y los dos viajeros descendieron para tenderse en el mullido césped, en el que las flores los saludaban como diciendo al viento: Bien venido seas

—¿Hemos llegado ya al Paraiso? preguntó el Príncipe.

—Aun no; pronto llegaremos. ¿Ves esa linea de rocas y esa gran caverna, cuya entrada se ve guarnecida de emparrado como remedando encantadoras cortinas? Cuando la hayamos atravesado estaremos allí. Envuélvete bien en tu blanco manto, porque por aquí abrasa el sol, aunque á corta distancia, más allá, hace un frío inaguantable.

El pájaro guardian de la entrada de la gruta recibe en una de sus alas, extendida hacia afuera, los abrasadores rayos del verano, y en la otra, desplegada hacia el interior, el soplo glacial del invierno.

Penetraron en la gruta. ¡Uf! ¡qué frío tan penetrante hacia allí! Pero no duró mucho tiempo. El viento Este extendió sus alas, que resplandecieron como llamas y alumbraron el interior del recinto.

Grandes colgantes de piedras transparentes de prismáticos colores y aristadas formas pendían sobre sus cabezas, rezumando de sus puntas gotas de agua que parecían diamantes. El pasadizo era tan angosto muchas veces, que obligaba á trepar á gatas de continuo, y tan espacioso otras, que parecía que se hallaban al aire libre. Podía creerse que aquellos vastos recintos estaban poblados de sepulcros góticos con órganos mudos y paños petrificados.

—¿Hay que pasar por el camino de la Muerte para llegar á donde vamos? preguntó el Príncipe.

Sin contestar, el viento Este hizo una indicación con la mano y señaló á una maravillosa luz azul que radiaba hacia el lado á donde se dirigian. Las estalactitas se convirtieron poco á poco en formas brumosas que terminaron por hacerse tan transparentes como celaje blanquizco iluminado por la luna. Nuestros caminantes se hallaron en una atmósfera serena y agradable cual la de las montañas, y como ella saturada de perfumes emanados por un extenso valle de rosales, regado por cristalino río, donde encantadores peces de los más brillantes colores rebullian, y sus arenas eran de oro y plata, como sus bordes. Anguilas purpúreas retozando alegremente en el fondo producian con sus coletadas diamantinas chispas; espléndidas hojas de rosas marinas brillantes con los colores del prisma; la misma flor era una llama roja y azul por el agua nutrida cual una lámpara por el aceite. Un puente de rico mármol blanco, decorado con todas las delicadezas y perfecciones del arte, conducía á la isla de la Felicidad, donde está situado el Paraíso. El viento cogió en sus brazos al Príncipe para facilitarle el pasaje, mientras las flores y las enramadas cantaban las canciones más bonitas y sencillas de su niñez.

¿Eran palmeras, ó gigantescas plantas acuáticas las que allí se veían? Jamás el Príncipe había contemplado árboles más hermosos y extraordinarios. Encantaban allí la vista prolongadas guirnaldas formadas por las más bellas y extrañas plantas entrelazadas, tales como úni-

camente se ven, pintadas con oro y los más delicados colores, en los márgenes de algunos preciosos libros de rezo ó alrededor de las letras iniciales. Eran preciosos grupos de pájaros y flores. Próximos al punto aquel había una multitud de pavones con sus pintadas colas desplegadas, que al Príncipe, viéndolos tan de prisa, le pareció que eran enormes hojas de deslumbrantes matices.

El león y el tigre, domesticados como gatitos, retozaban en las aromáticas florestas; la paloma torcaz, con su blancura inmaculada, golpeaba con sus alas la dorada melena del león, y el antilope, en otros tiempos tan numeroso, contemplaba con tranquilidad y con cierta envidia los juegos de los otros animales.

Mas he aquí que aparece la hada del Paraíso con sus vestiduras como el sol radiantes, y su divino rostro sonriente con el embeleso de una madre que admira el hijo de su alma.

Es muy joven, y su belleza peregrina, y llega acompañada de un numeroso séquito de hermosas jóvenes que cada una ostenta brillante estrella en su peinado.

El viento del Este le entregó la hoja del ave Fénix, y la hada, henchida de regocijo, cogiendo al Príncipe de la mano, le llevó á su castillo, cuyos muros parecían tapizados de hojas de delicados tulipanes, y cuya bóveda, de una altura incomparable, no era otra cosa que el cáliz invertido de una gigantesca y prodigiosa flor, de metálicos brillos.

Habiéndose acercado el Príncipe á una ventana, vió el árbol de la sabiduría del bien y del mal con la serpiente enroscada, y próximos á él Adán y Eva.

—¡Toma! ¿No fueron arrojados? preguntó.



El león y el tigre domesticados.

La hada se sonrió y le manifestó de qué modo el tiempo había impreso una imagen en cada espejo, y cómo sus imágenes, muy distintas de las pintadas ordinariamente, estaban dotadas de vida y movimiento. Las

hojas de los árboles tenían movimiento; los nombres, como en un espejo, iban y venían; así, de este modo todos los acontecimientos de este mundo eran reflejados en las vidrieras de animados cuadros que la labor del tiempo había podido producir. Allí vió igualmente el Príncipe el sueño de la escala de Jacob que se elevaba hasta el cielo, y los ángeles colocados de escalón en escalón con sus grandiosas alas abiertas.

Llegó después á otra gran estancia muy alta, cuyos muros parecían de cristal, y se vió rodeado de multitud de figuras á cada cual más hermosa. Eran los bienaventurados que, con inefable sonrisa siempre, cantaban y confundían sus voces en una sin igual armonía. Las imágenes del círculo más alto parecían tan pequeñas, como el botón más diminuto de una flor parece en un papel pintado. En el centro de esta sala levantábase un árbol gigantesco, de cuyas ramas brotaban manzanas de oro pequeñas y grandes, que brillaban entre la hojarasca del más hermoso verdor. Este era el árbol de la sabiduría. Cada una de sus hojas destilaba una gota de rocío brillante y colorado como una gota de líquido rubí.

—Entremos en una lancha, dijo la hada; nos refrescaremos en el agua levemente agitada; la lancha se balancea sin caminar, mientras que todas las naciones del mundo desfilan delante de nuestros ojos.

¡Qué movimiento tan raro el de la margen del río! El Príncipe vió pasar ante sí los elevados Alpes nevados, con sus nubes y sus abetos negros; sonaba melancó-

cólicamente como un lamento la bocina, y en los valles sonaba el canto de los pastores y el caramillo.

Luego los bananeros extendían sus prolongadas ramas hasta la lancha, en el agua nadaban cisnes negros;



Los elevados Alpes nevados.

en la orilla se veían extraños animales y flores tan gigantescas que habrían podido servir de lecho á cuatro niños. Era la Australia, la quinta parte del mundo, que pasaba ofreciendo á la contemplación del Príncipe sus

montañas azuladas y sus selvas vírgenes de elevadísimos árboles. Se escuchaba el canto de los sacerdotes y se veía bailar á los salvajes antropófagos al son del tamboril y de los tubos de huesos humanos. Pasaron después las pirámides de Egipto, que parecían perderse en las nubes, y á su lado las enormes esfinges y los restos de templos derruidos. Después aparecieron las nieves de los países del Norte, las auroras boreales del polo en que el cielo presenta matices de luz roja, verde, amarilla, de magnificencia incomparable. El Príncipe estaba absorto; veía maravillas sinnúmero de que en vano trataríamos aquí de dar idea.

—¿No podría quedarme aquí para siempre? preguntó.

—De ti depende conseguirlo, respondió la hada. Si resistes la tentación que venció á tu antecesor Adán, podrás vivir aquí por los siglos de los siglos.

—Nunca arrancaré las manzanas del árbol de la ciencia, dijo el Príncipe; hay otras muchas frutas no menos bellas y apetitosas.

—Buenos son tus propósitos, y ya veremos si puedes cumplirlos, contestó la hada; pero si sientes que tu voluntad flaquea; vuélvete á ir con el viento del Este que te trajo y que se marcha para no volver hasta dentro de un siglo. Si te quedas, pasarán para ti esos cien años como si no fueran más que cien horas; pero será tiempo bastante para que las tentaciones pongan á prueba la solidez de tu propósito. Al separarme de ti todas las tardes, te pediré que me sigas; pero guárdate de hacerlo.

porque tus deseos llegarían á ser más poderosos que tu buena voluntad. Verás la sala en que está el árbol de la ciencia; yo duermo bajo sus hojas de embriagador perfume; te llamaré, pero si te acercas, se hundirá bajo la tierra el Paraíso y no volverás á verlo. Silbará en torno tuyo el viento del desierto; una lluvia menuda y glacial empapará tus vestidos, y trabajando ruda é incesantemente apenas conseguirás ir haciendo frente á la miseria. Ya estás advertido.

—Decididamente me quedo aquí.

Entonces el viento del Este le dió un abrazo y le dijo:

—Diviértete mucho, y hasta dentro de cien años, en que volveremos á vernos. ¡Adiós, adiós!

Y extendió sus formidables alas, que brillaban como los relámpagos y tenían los deslumbradores matices de la aurora boreal.

—¡Adiós, adiós! murmuraron todas las flores, los árboles y las hierbas.

Grandes bandadas de aves se elevaron en remolinos por el cielo, y acompañaron hasta los límites del jardín al viento del Este.

Entonces la hada se volvió hacia el joven y tomándole de la mano le condujo hacia un hermoso salón, formado con lirios de espléndida blancura y de filamentos de oro que formaban pequeñas arpas, de que brotaban melodías encantadoras. Hermosas jóvenes de facciones angelicales bailaban caprichosas danzas y cantaban celestiales

coros en que narraban las delicias de su existencia y las maravillas del Jardín del Paraíso, que cada vez da flores más hermosas y de más delicados aromas.

Empezaba á descender el sol bajo el horizonte, y el



El viento del Este le dió un abrazo.

cielo presentaba un matiz de oro rojizo, que al reflejarse sobre los lirios les hacía presentar el color de las rosas.

Inclináronse las jóvenes hacia el Príncipe, y le presentaron en una copa de oro y diamantes un vino de

color de topacio, que él apuró con deleite. Entonces se abrió el fondo del salón, y vió el árbol de la ciencia, cuyo esplendor era tan vivo que los ojos del joven se deslumbraron.

Al mismo tiempo oyó un cántico tan suave y armonioso, que le arrancó lágrimas de felicidad y ternura. La hada estaba al otro lado del árbol, y su belleza era tan sobrenatural, que el Príncipe la miró con éxtasis. Ella le llamó sonriendo con dulzura, y el Príncipe, sin resistir un momento aquel deseo, corrió á alcanzarla, pensando en que no era pecado admirar la hermosura, y en que tendría fuerzas para no quebrantar las advertencias que había recibido.

En vez de esperar al Príncipe, la hada se ocultó tras de las ramas del árbol de la ciencia. Entonces él Príncipe se pasó la mano por la frente, y comprendiendo que había estado muy cerca de pecar, se propuso ser más cauto.

Sin embargo, se acercó al árbol, separó las ramas y contempló el hechicero rostro de la hada. Hubiérase dicho que dormía y que sonreía á impulsos de algún sueño delicioso; mas fijándose en ella observó que brillaban en sus ojos las lágrimas.

—Celestial criatura, murmuró el Príncipe; no llores por mí. Te adoro, y siento arder en mis venas toda la felicidad del Paraíso. Poco me importa que la noche sea eterna en adelante para mí, si puedo estar un minuto siquiera á tu lado, bebiendo la luz en tus divinos ojos, y

embriagándome en la contemplación de tu rostro angelical.

Y enjugó con sus besos las lágrimas que se desprendían de los ojos de la hada.



Y enjugó con sus besos.....

De repente estalló un trueno espantoso; todo se desplomó con terrible estrépito; el árbol de la ciencia, el hada y el Paraíso se cubrieron con espesas nubes y desaparecieron al fin como se desvanece un sueño. Un frío

glacial penetró los miembros del Príncipe, chocaron sus dientes, cerráronse sus ojos y cayó en tierra.

El viento huracanado y la helada lluvia que azotaban su cuerpo le hicieron volver en sí.

—¿Qué es lo que he hecho, infeliz de mí? dijo sollozando; he pecado como Adán, y, del mismo modo que él he perdido el Paraíso para siempre.

Abrió los ojos. Á lo lejos brillaba una estrella como último resplandor del Paraíso que había tenido la dicha de entrever y el infortunio de perder en un momento de locura. Aquel astro era el brillante lucero de la mañana, que aparecía en el cielo. Miró en torno suyo, y se encontró en el bosque inmediato á la cueva de los vientos. Á su lado estaba sentada la madre de éstos. Le dirigió una mirada de cólera y desprecio, y le dijo:

—¡Está bien! No has estado más que una tarde, y ya has pecado. Si fueses hijo mio, ahora mismo te metía en el saco.

—Ya entrará en él, dijo con voz sombría la Muerte, que estaba detrás de la madre de los vientos y tenía el aspecto de un esqueleto vestido con un sudario y con dos largas y espinosas alas negras sobre los hombros. Día llegará en que sea metido en un ataúd; pero aun no es tiempo. La misericordia de Dios es infinita, y no juzga al hombre por una sola prueba. Que viaje, pues, el Príncipe por el mundo, y ojalá sepa expiar su pecado y hacerse más bueno. Entonces, cuando yo le arrebate en mis brazos, si ha sabido purificar su alma, le llevaré á

esa estrella en que hay paraísos no menos bellos que el jardín que admiró brevës instantes; pero si su corazón se corrompe y no se elevan sus pensamientos,



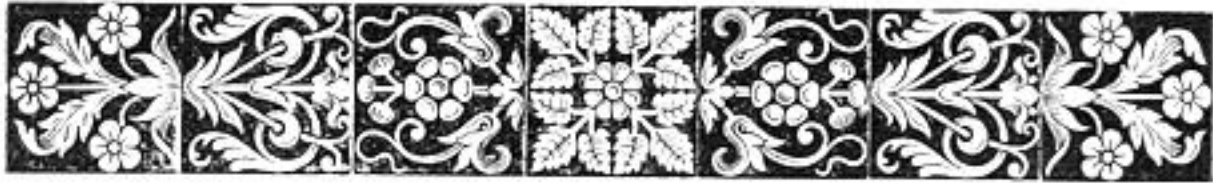
La muerte, que estaba detrás.

en vez de paraísos encantadores habitará mansiones de tinieblas, dolor y llanto en que todo es abrumador y sombrío.

Dicho esto, desapareció la Muerte, y el Príncipe des-

pertó sobresaltado. Todo había sido un sueño sugerido por su constante preocupación del Paraíso; pero ese sueño le fué provechosisimo, porque supo tener en cuenta sus enseñanzas, y durante toda su vida, que fué muy larga, siguió con resolución y constancia la senda de la virtud, fuente de todo bien.

FIN DE PARAÍSO Y TENTACIÓN.



LA DANZA DE LAS FLORES

Todas mis pobres flores están marchitas, dijo Luisita suspirando. Ayer tarde estaban frescas y hermosas, y ahora todas sus ojas están lacias. ¿En qué consiste esto? preguntó á su hermano mayor, que era un estudiante aplicado y juicioso.

El estudiante sabía contar historias muy bonitas y recortar figuras de cartulina y papel muy lindas, corazones con mujercitas que bailaban, flores y grandes castillos á los que se podía abrir la puerta. ¡Oh! Era un chico de provecho.

—¿En qué consiste que mis flores tengan hoy un aspecto tan triste? preguntó de nuevo la niña, mostrándole un ramillete seco.

—Voy á decirte lo que tienen, dijo el estudiante. Tus flores han estado esta noche en el baile y se han fatigado mucho; por eso están sus cabezas tan inclinadas.

—¿Pero acaso las flores saben bailar? Nunca había oído decir semejante cosa, dijo la niña.

—Pues saben, no lo dudes, replicó el estudiante. De



Mostrándole un ramillete seco.

noche, cuando todo está en tinieblas y nadie las puede ver, saltan y se regocijan.

—¿Y los niños no pueden asistir a sus bailes?

—Sí, respondió el estudiante; pero son los niños del jardín, las margaritas y los musgos.

—¿Y dónde celebran sus bailes las flores? preguntó la niña Luisita.

—¿No te acuerdas del paseo en que está el gran castillo que sirve al Rey de palacio de verano, y donde hay un magnífico jardín lleno de flores? ¿No te has fijado en los cisnes que nadan hacia ti cuando les das miguitas de pan? Pues allí es donde se dan los grandes bailes.

—Pero yo he ido ayer por la tarde con mamá al jardín, replicó la niña, y no había en él ni hoja en los árboles ni una sola flor, porque estamos en Octubre. ¿Dónde se encuentran ahora las flores?

Están dentro del castillo y en un hermoso invernadero de cristales que hay en él, contestó el estudiante. En cuanto el Rey y los cortesanos vuelven á la ciudad, las flores salen del jardín, entran en el castillo y pasan una vida muy alegre. ¡Oh, si tú las vieras! Las dos rosas más hermosas y aromáticas se sientan en el trono y hacen los papeles de rey y de reina. Las crestas de gallo de color rojo vivo se colocan en fila á los lados y se inclinan; hacen el papel de oficiales de la casa Real. En seguida vienen las demás flores y celebran un gran baile..... Las violetas azules hacen de alumnos del Colegio de Estado Mayor; bailan con los jacintos y los claveles, á quienes llaman señoritas; los tulipanes y los lirios rojos son señoras mayores encargadas de vigilar para que se baile como es debido y de conservar el orden.

—Pero, dime, preguntó Luisita, ¿no hay nadie que

castigue á las flores por atreverse á bailar en el castillo del Rey?

—Casi nadie se entera, dijo el estudiante. Es verdad que algunas veces durante la noche llega el Intendente, que debe hacer su ronda y que es muy viejo y gruñón. Lleva en la mano un gran manojo de llaves, y en cuanto las flores las oyen sonar, se están quietas, se ocultan detrás de las largas cortinas y no muestran sino la cabeza. «Parece que huele á flores aquí», se dice el Intendente, pero no puede verlas.

—Eso es magnífico, dijo Luisita dando palmadas de alegría. ¿Y no podría yo ver la danza de las flores?

—Puede que sí, dijo el estudiante. Acuérdate cuando vuelvas á pasear por el jardín del Rey. Asómate por la ventana, y puede que las veas. Yo he mirado hoy, y he visto un hermoso lirio verde y amarillo tendido sobre el sofá. Era una dama de la corte.

—¿Pero las flores del Jardín Botánico van también allí? ¿Cómo pueden hacer un viaje tan largo? Tendrían que irse arrastrando por el suelo y se las estropearían las hojas.

—No lo creas, contestó su hermano, porque cuando quieren pueden volar. ¿No has visto tú las hermosas mariposas de alas encarnadas, verdes, amarillas y blancas? ¿No has reparado que se parecen completamente á las flores? Pues es porque antes lo han sido. Las flores han dejado su tallo y se han elevado por los aires. Allí han agitado sus hojas como pequeñas alas, y tor-

pemente al principio, tropezando aquí y allí, y con más ligereza luego, han empezado á volar hasta que han podido sostenerse sin necesidad de quedarse en casa adheridas al tallo. Asi es como al fin las hojas se han convertido en alas verdaderas. Esto está sucediendo á cada paso. Por lo demás, es posible que las flores del Jardín Botánico no hayan ido nunca al jardín del Rey, y hasta es fácil que no sepan que allí se pasa por la noche tan alegre vida. Por esto quiero decirte una cosa que asombraría mucho á nuestro vecino el profesor de botánica. Cuando vayas al jardín anuncia á una flor que hay un gran baile en el castillo; ésta se lo contará á todas las demás, y volarán. ¡ Ya verás qué ojos abre el profesor cuando vaya á visitar su jardín y no vea en él ni una sola flor, sin que pueda comprender lo que les ha pasado!

—¿Pero cómo se las arreglará una flor para decirselo á las demás? Las flores no hablan, que yo sepa al menos.

—Tienes razón, no hablan, respondió el estudiante, pero son muy entendidas en pantomima. ¿No has visto tú muchas veces, cuando hace un poco de viento, inclinarse las flores y hacerse señales con la cabeza? ¿No has reparado cómo se agitan las hojas verdes? Pues estos movimientos son tan fáciles de entender para ellas como para nosotros las palabras.

—¿Pero el profesor entiende su lenguaje? preguntó Luisita.

—Sin duda alguna. Un día que estaba en su jardín

vió un cardo muy espinoso y punzante que con sus hojas hacía señales á un hermoso clavel rojo, y le decía: «¡Qué hermoso eres y cuánto te quiero!» Entonces el profesor se enfadó y golpeó las hojas que sirven de dedos á la planta. Se picó en ellas, y desde entonces no se atreve á tocar un cardo como no sea con un bastón.

—Eso tiene mucha gracia, dijo Luisita; y se echó á reír.

—No se deben contar esas fantasmagorías á las niñas, dijo entonces en tono gruñón un señor grueso y de bastante edad que había entrado durante la conversación, para hacer una visita, y que se había sentado en el sofá, cerca de los dos hermanos.

No le habían parecido propias de un joven formal las narraciones del estudiante, y no cesó de murmurar mientras le veía recortar sus figuritas de papel, muy bien hechas por cierto. Primero recortó el estudiante un hombre colgado de una horca y que sostenía en la mano un corazón robado; después una bruja que trotaba á caballo sobre una escoba y llevaba á su marido en la nariz. El consejero no podía soportar estos juegos, y repetía sin cesar su primera reflexión: «¿Cómo pueden imbuirse tales mentiras en la cabeza de una niña? Es una fantasía estúpida y sin gracia.»

Pero todo lo que el estudiante contaba á su hermanita tenía para ella un encanto extraordinario y la hacía pensar mucho. Las flores tenían la cabeza inclinada, y ella creía que era porque estaban muy fatigadas de ha-

ber bailado toda la noche. Sin duda estaban enfermas. Las puso al lado de otros juguetes que había sobre una bonita mesa, cuyo cajón estaba lleno de magnificas



A caballo sobre una escoba.

cosas. Encontró á su muñeca Josefina acostada y durmiendo, pero la niña la dijo: «Tienes que levantarte, Josefina, y dejar el cajón por esta noche. Las pobres flores están enfermas y necesitan ocupar tu lugar. Eso

quizá las cure, y así habrás hecho una obra de caridad.»

Dicho esto, levantó la muñeca, que se mostró muy contrariada, aun cuando no dijo una palabra: no era muy caritativa, y estaba disgustada por no poder dormir aquella noche en su cama.

Luisita colocó las flores en la cama de Josefina, las tapó con la pequeña colcha, y las dijo que se estuvieran quietas. Después las trajo un poco de té para que pudieran alegrarse y levantarse buenas á la mañana siguiente. Por último, corrió las cortinas alrededor de la pequeña cama, á fin de que el sol no molestase á las flores.

Durante toda la noche no dejó de pensar en lo que la había contado su hermano mayor, y en el momento de irse á acostar se dirigió primero hacia las cortinas de las ventanas donde estaban las hermosas flores que cuidaba su madre, jacintos y tulipanes, y las dijo por lo bajo: «Ya sé que iréis al baile esta noche.»

Las flores hicieron como si no comprendieran nada, y ni aun movieron una hoja, lo cual no impidió que Luisa se convenciese de que la habían entendido.

Cuando estuvo acostada, pensó mucho tiempo en lo agradable que debía ser ver bailar las flores en el castillo del Rey. «¿Habrán ido allá mis flores?» se preguntaba; y al fin se durmió. Despertó á media noche: había soñado con las flores, con lo que le contó su hermano y con el señor anciano que le había reprendido. Todo era

silencio en la habitación donde Luisita reposaba. Una lamparilla ardía con débil luz sobre la mesa, y el padre y la madre dormían profundamente.

— Quisiera saber si mis flores están todavía en el cajoncito de la muñeca, se dijo la niña.

En seguida se incorporó en la cama y miró hacia la puerta entreabierta. Escuchó y la pareció oír tocar el piano en el salón, pero tan suave y delicadamente, que nunca había oído música semejante. Si las teclas hubieran sido movidas por alas de mariposas, no habrían sonado con más discreción y dulzura.

— ¡Quién sabe si son las flores que bailan! ¡Ah! Dios mío, yo quisiera verlas, pensó Luisita.

Pero no se atrevió á levantarse del todo, por miedo de hacer ruido y despertar á su padre y á su madre, que tenían el sueño ligero.

— ¡Qué buenas serían las flores si quisieran entrar aquí! pensó.

Pero las flores no vinieron, y la música seguía sonando suavemente. Al fin no pudo contenerse la niña: era demasiado angelical y seductora aquella música. Dejó su cama y fué de puntillas hasta la puerta para mirar el salón. ¡Qué espectáculo tan soberbio el que apareció á su vista!

No había allí ninguna luz encendida; pero se disfrutaba, sin embargo, de bastante claridad. Los rayos de la luna penetraban por la ventana y caían sobre el piso; y aquel tibio resplandor era de un efecto prodigioso.

Todos los jacintos y tulipanes estaban de pie en dos largas filas; ni uno solo permanecía en la ventana; los tiestos habían quedado vacíos. En el suelo bailaban alegremente todas las flores, unas en medio de otras, ha-



Bailaban alegremente todas las flores.

ciendo toda clase de figuras y cogiéndose por sus largas hojas verdes para hacer la cadena. En el piano estaba sentado un hermosísimo lirio amarillo, que la niña Luisita había conocido en el verano último, y del que se

acordaba muy bien, porque su hermano el estudiante le había dicho: «Mira cómo se parece ese lirio á tu amiguita Isabel.» Todos se habían reído del estudiante al oír eso, y sin embargo, la niña Luisita creyó entonces reconocer que la hermosa flor amarilla se parecía de una manera extraña á su amiga.

Adoptaba enteramente los mismos ademanes al tocar el piano; inclinaba su rostro amarillo unas veces de un lado y otras de otro, llevando dulcemente el compás con su dorada cabeza. Nadie había advertido que estaba allí Luisita. Después vió una arrogante dalia de carmín, que saltó en medio de la mesa donde estaban sus juguetes y que fué á abrir lentamente las cortinas del lecho de la muñeca. Allí era donde estaban acostadas las flores enfermas; se levantaron en seguida, y dijeron á las demás, con un signo de cabeza, que también ellas tenían deseo de bailar. Una figurita de anciano que adornaba el jarrón se incorporó é hizo un saludo á las hermosas flores. Éstas, reanimadas por la alegría, volvieron á tomar su buen aspecto y se mezclaron con las demás, mostrándose sumamente contentas. De pronto cayó una cosa de la mesa. Luisita miró: era la vara del anciano del jarrón que se había desprendido; parecía como que también quería tomar su parte en la fiesta de las flores. En ella había sentada una muñequita de cera que llevaba un sombrero grande y de forma elegantísima. La vara saltó en medio de las flores sobre los tres ramos rojos, y se puso á llevar con fuerza el compás

bailando una mazurka; sólo ella era capaz de hacer esto, porque las demás flores eran demasiado delicadas, y aunque hubieran querido no habrían podido hacer el mismo ruido con sus pies. De pronto, el anciano del jarrón, á quien se le había caído la vara, se alargó y agrandó, se volvió hacia las flores y gritó muy alto: «¿Cómo es posible que haya quien quiera meter tales cosas en la cabeza de un niño? Es una fantasía estúpida.»

En aquellos momentos el viejecito se parecía extraordinariamente al señor gruñón de la tarde anterior; tenía el mismo tinte amarillo y el mismo aire malhumorado. Pero sus largas piernas, frágiles, pagaron su atrevimiento. Las flores las golpearon fuertemente, y entonces el viejecillo se encogió y volvió á quedar hecho un muñequito. ¡Cómo se divertía Luisita viendo estas cosas!

La cosa, en efecto, era para reirse. La vara continuó bailando, y el viejecillo se vió obligado á bailar con ella á pesar de su resistencia, aunque algunas veces se agrandaba y otras volvía á tomar las proporciones de un muñequito pequeño. Aquello parecía cosa de magia. Al fin las otras flores intercedieron por él, sobre todo las que habían salido del lecho de la muñeca; la vara cedió á sus instancias, y el viejecillo se sentó con aire de contrariedad.

En seguida se oyó llamar violentamente en el cajón donde estaban encerrados los demás juguetes de Lui-

sita. El hombrecillo del jarrón corrió hacia aquel lado de la mesa, se extendió sobre el vientre y se negó á abrir el cajón.

De pronto la muñeca Josefina se levantó y miró á su alrededor.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿Hay aquí baile? dijo. ¿Cómo es que nadie me ha avisado?

—¿Quieres bailar conmigo? dijo el hombre del jarrón con mucha galanteria.

—¡Vaya un bailarín ridiculo! dijo ella volviéndole la espalda.

Después se sentó sobre el cajón y esperó que alguna de las flores viniese á invitarla. Pero ninguna se presentó; y por más que tosió y se movió en su asiento, nadie se acercó á ella. El hombrecillo se puso á bailar solo, y se desquitó muy bien de los desdenes de la muñeca.

Como ninguna de las flores parecia fijar su atención en Josefina, ésta se fingió enferma y se dejó caer, haciendo un gran ruido, desde el cajón al suelo. Todas las flores acudieron preguntándola si se habia hecho mal, y mostrándose muy amables con ella, sobre todo las que se habian acostado en su cama. No se habia hecho ningún daño, y las flores de Luisita la dieron las gracias por haberles prestado su cama, la condujeron al centro de la sala, donde brillaba la luna, y se pusieron á bailar con ella. Las demás flores hicieron circulo para verla. Josefina, contentisima, las dijo que podían



en lo sucesivo conservar su cama, porque la era igual acostarse en otra cualquier parte.

Las flores la respondieron:

—Te lo agradecemos cordialmente; pero nuestra vida



Todas las flores acudieron.....

es muy corta y toca ya á su fin. Mañana habremos muerto, y hemos querido aprovechar esta última noche bailando alegremente. Di, sin embargo, á la niña Luisita que nos entierre en el jardín, en el mismo sitio

donde está enterrado el canario. En el verano inmediato resucitaremos, y estaremos más bonitas que ahora.

—No, yo no quiero que muráis, respondió la muñeca besando las flores.

En aquel mismo momento se abrió la puerta del gran salón, y una inmensa multitud de flores magníficas entró bailando. Luisita no podía comprender de dónde venían. Eran sin duda todas las flores del jardín del Rey. Á la cabeza marchaban dos rosas deslumbradoras de hermosura y de fragante aroma, que llevaban pequeñas coronas de oro: eran el Rey y la Reina. Detrás venían encantadores alelies y preciosos claveles, dalias, azucenas y nardos que saludaban hacia todas partes. Venían acompañados de una orquesta: grandes adormideras y peonías soplaban con tal fuerza en vainas de guisantes, que tenían el rostro enrojecido; los jacintos azules y las campanillas sonaban como si tuvieran verdaderos cascabeles. Era aquélla una orquesta admirable y deliciosa; las demás flores se unieron á la nueva banda, y se vió bailar á violetas y amarantos con claveles y margaritas. Se abrazaron unas á otras, y aquél era un espectáculo delicioso, como no puede apenas imaginarse.

Después se despidieron las flores deseándose una buena noche, y la niña Luisita volvió á meterse en su cama, donde soñó con todo lo que había visto. Al día siguiente, en cuanto se levantó, corrió á la mesita para ver si las flores seguían donde las había dejado. Abrió

las cortinillas de la camita; allí estaban todas, todavía más secas y marchitas que la vispera. La muñeca estaba acostada en el cajón donde la había colocado y aparentaba tener sueño.

—¿Dime, Josefina, nada tienes que decirme? la preguntó la niña Luisita.

Pero Josefina estaba muy admirada y no contestó una palabra.

—Tú no eres buena, ni tienes franqueza conmigo, dijo Luisita; yo sé bien que han bailado contigo.

Dicho esto, cogió una cajita de papel con pajaritos pintados y puso en ella las flores muertas.

—Este será vuestro magnífico ataúd, les dijo; y luego, cuando vengan á verme mis primitos, me ayudarán á enterraros en el jardín, para que resucitéis en el verano que viene y seáis todavía más hermosas.

Los primitos de Luisita eran dos alegres niños que se llamaban Rafael y Carlitos. Su padre les había comprado dos escopetitas con fulminantes, y las llevaron para enseñárselas á Luisita.

La niña les contó la historia de las pobres flores que habían muerto y les invitó para que asistieran al entierro. Los dos niños marcharon delante con sus escopetitas al hombro y su sable al costado.

La niña les siguió con las flores muertas colocadas en su precioso ataúd; cavaron cuidadosamente una pequeña fosa en el jardín; y Luisita, después de haber dado un último beso á sus flores, depositó el ataúd en

la tierra á poca profundidad. En seguida los niños descargaron varias veces sus escopetas sobre la tumba, y así acabó aquella ceremonia.



Colocadas en su precioso ataúd.

La verdad era que Luisita había estado durmiendo toda la noche, y que aquello del baile de las flores no fué más que un sueño; pero la niña lo creyó tan firmemente como si hubiera sido realidad.

FIN DE LA DANZA DE LAS FLORES.



NICOLASÓN Y NICOLASILLO

En una población de corto vecindario vivían dos individuos que se llamaban con el mismo nombre, Nicolás; pero el uno tenía dos yuntas de mulas y el otro no tenía más que una mula; para distinguirlos, pues, se llamaba al primero Nicolasón y al otro Nicolasillo.

Seis días cada semana, Nicolasillo estaba obligado á labrar la tierra de Nicolasón y á prestarle su única mula; en cambio Nicolasón le ayudaba con sus dos yuntas una vez á la semana, es decir, los domingos únicamente, y eso de bastante mala gana. ; Con qué gusto hacia chasquear Nicolasillo su látigo los domingos por encima de las cinco mulas! Las miraba como cosa suya. El sol brillaba con vivísima luz; las campanas llamaban al pueblo á la iglesia; los hombres y las mujeres vestidos con los trajes de fiesta pasaban por delante de Nicolasillo, que labraba la tierra con aspecto alegre y lleno de orgullo haciendo chasquear su látigo y diciendo :

—¡Hala, mulas mías!

—¿Para qué dices mulas mías, si no tienes más que una?

Le gritó una vez Nicolasón.

Pero Nicolasillo no hizo caso de esta advertencia, y viendo que pasaban otras personas no pudo remediarlo y empezó á gritar de nuevo:

—¡Hala, mulas mías!

—Te he dicho, dijo, Nicolasón, que no me gusta que digas eso. Como lo vuelvas á hacer le pego tal golpe en la cabeza á tu mula que la deajo muerta, y te quedas sin ninguna.

—No lo diré más, repuso Nicolasillo.

Mas apenas vió pasar algunos conocidos que le saludaron amigablemente con la cabeza, se sintió poseido de orgullo por poder labrar su campo con cinco mulas, é hizo chasquear su látigo gritando:

—¡Hala, mulitas mías!

—Yo te enseñaré á que escarmientes, dijo, y agarrando una maza pegó un golpe tan fuerte en la cabeza de la pobre mula de Nicolasillo que la pobre bestia cayó muerta en el acto.

Nicolasillo empezó á llorar y á lamentarse, como era muy natural; después, no atreviéndose á armar camorra con Nicolasón, que era muy fuerte y muy bárbaro, desolló al animal muerto, secó la piel al viento, la metió en un saco y se fué al pueblo á venderla.

Era largo el camino y pasó por un gran bosque; hacía un tiempo espantoso. Nicolasillo se extravió, y antes de

que pudiera volver á encontrar el buen camino llegó la noche; era necesario renunciar á entrar en el pueblo, y este temor le llenó de angustia.

Por fortuna, cerca del camino encontró una hermosa granja, y aunque las maderas de las ventanas estaban cerradas, se veía brillar la luz. Su pecho se alzó en la esperanza. «¡Quién sabe si podré pasar aquí la noche!» pensó, y llamó á la puerta.

Al cabo de un rato le abrió una mujer; pero cuando supo lo que quería, le dijo que continuara su camino, que su marido había salido y que ella no quería recibir gentes extrañas.

—Mala suerte es la mía, tendré que acostarme fuera; murmuró el pobre Nicolasillo, mientras la mujer cerraba dando un portazo.

Á un lado de la casa había un pajar con el techo en forma de cabaña, lleno de heno. «Me acostaré aquí», se dijo Nicolasillo. La cama no es mala del todo y no hay más peligro que el que la cigüeña me pique las piernas.

En efecto, del techo colgaba una cigüeña acostada en su nido.

Nicolasillo trepó al pajar y se acostó en él, revolviéndose muchas veces para dormirse mejor. Las maderas de las ventanas de la casa ajustaban mal y entraba bastante aire, pero en cambio pudo ver lo que ocurría en la habitación.

Se acercó á mirar por una rendija y vió que en el centro de la habitación se levantaba una gran mesa en que

había un asado, un pescado y muchas botellas de vino. La dueña de la casa y el sacristán del pueblo estaban sentados alegremente y comían, bebían y bromeaban á más y mejor.

¡Cómo se divierten estos dos! pensó Nicolasillo, alargando la cabeza para ver mejor. La mujer sirvió un pastel delicioso. No hay que decir que al pobre Nicolasillo se le alargaban los dientes de envidia.

De improviso llegó un hombre á caballo á la casa; era el dueño de la granja, que volvía de su expedición.

Apreciábanle todos como un excelente sujeto, pero tenía una rareza: no podía ver á un sacristán sin enfurecerse. Sin duda por esta razón el sacristán había aprovechado la ocasión para hacer una visita á la mujer y darla las buenas noches mientras que el marido estaba fuera, y la buena mujer, para hacerle los honores, le estaba sirviendo una deliciosa cena. Á fin de evitar disgustos, cuando sintió que su marido venía, rogó á su convidado que se ocultara en un gran baúl vacío, lo cual hizo él de muy buena gana conociendo las genialidades del campesino. En seguida la mujer encerró con toda ligereza la comida y el vino en el horno para que su marido no la hiciera ninguna pregunta difícil de contestar.

—¡Qué lástima! dijo en alta voz Nicolasillo, viendo desde el pajar cómo desaparecían los restos de la cena.

—¿Quién habla desde ahí arriba? exclamó el campesino volviéndose y viendo á Nicolasillo. ¿Por qué te

acuestas ahí? Baja pronto, que aquí se recibe á todo el mundo y más en noches como ésta.

Bajó Nicolasillo y contó cómo se había extraviado,



Se ocultara en un gran baúl.

después de lo cual le pidió hospitalidad por aquella noche.

—Te la daré con mucho gusto, respondió el campesino. pero comamos primero un poco.

La mujer, mal repuesta aun del susto, recibió á los

dos con amabilidad, preparó de nuevo la mesa y sirvió un gran plato de arroz sin carne ni pescado. Su marido, que tenía hambre, comió con buen apetito; pero Nicolasillo pensaba en el delicioso asado, en el pastel y en el vino escondidos en el horno.

Había colocado debajo de la mesa el saco que contenía la piel de su mula, y como el arroz le parecía muy insipido apoyó los pies en el saco é hizo rechinar á la piel seca.

—¡Silencio! ¡Cállate! dijo á su saco; pero al mismo tiempo le hizo rechinar con más fuerza.

—¿Qué tienes en ese saco? le preguntó el campesino.

—Un hechicero que he conseguido encerrar en él y que me hace advertencias muy útiles, respondió Nicolasillo, que no tenía pelo de tonto. No quiere que comamos arroz y dice que gracias á su magia hay en el horno un asado, un pescado y un pastel.

—Eso no puede ser, dijo el campesino, abriendo en seguida el horno.

Pero al descubrir los soberbios manjares que su mujer había ocultado, se asombró, creyó que el hechicero había hecho este prodigio. La mujer, sin atreverse á decir nada, colocó todo sobre la mesa y ellos se pusieron á comer como dos benditos, pescado, asado y pastel.

Nicolasillo volvió á pisar el saco para que rechinara la piel.

—¿Qué dice ahora el hechicero? preguntó el campesino.

—Dice que cerca del horno ha hecho poner tres botellas de vino, para hacernos el favor completo.

La mujer disimulando su enojo y fingiéndose muy sorprendida, les sirvió el vino, y su marido se puso á beber alegrándose cada vez más. De buena gana hubiera querido tener un hechicero semejante al que tenía en el saco Nicolasillo.

—Querria que tu hechicero me enseñase el diablo, dijo el campesino, porque eso me agradaría mucho, y ahora con este vinillo, no me asustaría fácilmente.

—Mi hechicero puede hacer todo lo que le mando. En seguida hizo rechinar el saco. ¿Oyes? dice que sí. Pero el diablo es muy feo y da miedo verle.

—¡Bah! yo no me asusto fácilmente. ¿Qué facha tiene?

—Se aparecerá ante nosotros bajo la forma de un sacristán.

—¡Vaya una casualidad! Precisamente no puedo soportar la vista de un sacristán. No importa, como sé que es el diablo me armaré de valor, con tal que no se me aproxime.

Nicolasillo acercó entonces su oído al saco como para escuchar lo que le hablaba el hechicero.

—¿Qué dice?

—Pues dice que si quiere usted abrir ese gran cofre que está ahí en ese rincón, verá usted al diablo; pero es necesario sostener bien la tapa para que no se escape

—Ayúdame tú á sostenerla, dijo el campesino; acer-

cándose al cofre donde la mujer había ocultado al verdadero sacristán, que estaba temblando de miedo, de igual modo que ella.

Levantaron la tapa.

—¡Dios me valga! gritó el campesino dando un salto atrás, ya le he visto. Se parece como una gota de agua á otra al sacristán de nuestra iglesia; es horrible.

Después volvieron á beber y no pararon hasta muy avanzada la noche.

—Si me vendes tu hechicero, dijo, te daré todo lo que tú quieras; aunque sea una fanega llena de monedas de plata.

—Saldría perdiendo, respondió Nicolasillo; piensa en lo útil que me es.

—Es que además te quedaria muy agradecido, dijo el campesino insistiendo.

—Lo haré por darte gusto, dijo Nicolasillo; ya que con tanta franqueza me has dado hospitalidad, te cederé el hechicero por una fanega llena de monedas de plata; pero me la has de dar bien medida.

—No quedarás descontento, sólo te ruego que te llesves el cofre; no quiero que esté ni una hora más en mi casa. ¡Quién sabe si el diablo está en él todavía!

Entonces Nicolasillo dió al campesino su saco con la piel seca, recibiendo en cambio una fanega llena de plata, y además un gran carretón para transportar la plata y el cofre.

—Adiós, dijo, y se alejó, dejando muy contento á

su huésped y rogándole que no desatase el saco para nada del mundo, porque si no se escaparía el hechicero.

Cuando salió del bosque se detuvo en un puente que servía para atravesar un río muy profundo y dijo en alta voz:

—¿Para qué me sirve este maldito cofre? Pesa como si estuviera lleno de piedras. Ya estoy cansado de llevarle y será mejor que le eche al río. Si el agua le lleva a mi casa, me alegraré, pero si no, poco me importa.

Y diciendo esto levantó el cofre con una mano como si quisiera tirarle al agua.

—¡Espera, espera! gritó el sacristán desde el cofre. No tires el baúl; déjame salir primero.

—¡Jesús! gritó Nicolasillo fingiendo asustarse; el diablo está todavía en el baúl, es necesario que le ahogue en seguida.

—¡No, por Dios! yo no soy el diablo, gritó el sacristán; déjame salir y te daré una fanega de plata.

—Eso es ponerse en razón, respondió Nicolasillo abriendo el baúl.

El sacristán salió a escape, echó el cofre vacío al agua y volvió a su casa para dar a Nicolasillo la fanega de plata. Nicolasillo cargó de este modo su carretón con un peso muy grande, pero muy dulce de llevar.

En cuanto llegó a su casa y se vió en su habitación, echó a rodar por tierra todas las monedas, que formaron un montón respetable.

—¡ Esto es lo que se llama vender bien una piel de mula! exclamó.

Nicolason se va á morir de rabia cuando sepa toda la



¡ Pielés ! ¡ Pielés !

riqueza que la mula, que tan bárbaramente me mató, me ha producido.

Dicho esto envió á un muchacho á casa de Nicolason, á rogarle que le prestara una fanega vacía.

—¿Qué querrá hacer con ella? pensó éste.

Y puso en el fondo pez á fin de que se quedase alguna cosa pegada. Cuando le devolvieron la medida se encontró con que había pegadas tres pesetas.

—¡Cómo! exclamó. ¿Será posible que haya medido plata?

Y corrió inmediatamente á casa de Nicolasillo.

—¿De dónde has sacado todo ese dinero? le preguntó.

—De la piel de mi mula, que la vendí ayer tarde.

—No sabía que se pagaban tan caras las pieles ahora, contestó Nicolason.

—Volvió á su casa muy de prisa, cogió un hacha, mató sus cuatro mulas, las desolló y llevó las pieles al pueblo: «¡Pielés! ¡pielés! ¿Quién quiere comprar pieles?» gritaba por todas partes.

Algunos zapateros y curtidores acudieron á él para preguntarle el precio.

—Quiero una fanega de plata por cada una, respondió Nicolason.

Al principio lo tomaban á broma, pero al ver que insistía le dijeron:

—¿Estás loco? ¿Piensas que tenemos la plata por fanegas, ó que esas pieles son objetos preciosos?

Él, sin desengañarse, aún continuaba voceando su mercancía, y cuando alguno le preguntaba su precio, respondía invariablemente: «El último precio es una fanega de plata cada una.»

—Este tío se quiere burlar de nosotros, exclamaron todos al fin; y cogiendo los zapateros sus tirapiés y los



A zurrar de lo lindo á Nicolasón.

curtidores sus delantales, comenzaron á zurrar de lo lindo á Nicolasón.

—Verás como arreglamos bien tu piel, y te la ponemos roja y azul le dijeron. ¡Largo de ahí, majadero!

Y Nicolasón, molido á trastazos, tuvo que huir fuera del pueblo.

—Está bien, dijo en cuanto llegó á su casa, ese tuno de Nicolasillo es el que tiene la culpa de todo esto. Voy á matarle.

Mientras tanto, la nodriza de Nicolasillo, que era ya muy vieja, acababa de morir, y aunque siempre había sido muy mala para él, la lloró. Colocó á la mujer muerta en su cama para ver si acaso podía volver á la vida, y estuvo toda la noche en un rincón sobre una caja.

Á la media noche sintió que se abría la puerta, y Nicolasón entró armado de un hacha. Conociendo el sitio en que estaba la cama de Nicolasillo, se acercó de puntillas y dió un golpe violento en la frente á la vieja nodriza ya muerta.

—Anda, vuelve á burlarte de mí, dijo, alejándose, porque creía haber matado á su enemigo.

—¡Qué hombre tan infame, se dijo Nicolasillo, á mí es á quien ha querido asesinar! Afortunadamente la vieja nodriza estaba ya muerta.

Pensando en cómo podría vengarse, le ocurrió una idea, y en cuanto hubo salido el sol vistió á la vieja muerta con su traje del domingo, pidió un caballo prestado á su vecino y le enganchó á su carruaje. Colocó á la vieja en el asiento de atrás, de manera que no pudiera caerse, y de este modo atravesó el bosque. Ai llegar á una posada se detuvo para pedir algo de comer

Era el posadero un hombre muy rico, buena persona en el fondo, pero de muy mal genio, como si su cuerpo estuviese lleno de pimienta y guindilla.



Llevar un gran vaso de cerveza.

—Buenos días, dijo á Nicolasillo. ¿Cómo vienes vestido con el traje de fiesta?

—Porque llevo á mi vieja nodriza al pueblo. Llévala un vaso de cerveza para que se refresque, y háblala

muy alto, porque esta sorda como una tapia y apenas oye.

—Bueno, allá voy, contestó el posadero, y fué á llenar un gran vaso de cerveza que llevó á la vieja al coche.

—Aquí tienes un vaso de cerveza, dijo en voz alta; pero como es de suponer, la vieja no se movió. ¿Es que no me entiendes? Aquí tienes un vaso de cerveza de parte de tu amo, añadió gritando con todas sus fuerzas. Pero por más que gritaba, la pobre vieja no se movía. Entonces el posadero, dominado por la cólera, la tiró el vaso á la cara con tal violencia, que la dejó caer, hacia atrás en el carruaje.

En aquel momento salió Nicolasillo.

—¡Ah, infame! gritó, sacudiendo al posadero por un brazo, has matado á mi nodriza, mira el agujero que la has hecho en la frente.

—Si, pobre de mí, respondió el posadero retorciéndose las manos; por haber cedido á mi mal genio he cometido un espantoso crimen. Mi querido Nicolasillo, si no dices nada á nadie te llenaré una fanega de plata y pagaré á tu nodriza un entierro de primer orden.

Si me delatas, el verdugo me cortará la cabeza y tú no adelantarás nada por eso, pues ya no ha de resucitar.

Nicolasillo aceptó, recibió otra tercera fanega de plata y encargó al posadero del entierro.

Al llegar á su casa envió un muchacho á pedir á Nicolason que le prestara una fanega vacía.

—¿Qué quiere decir esto? exclamó éste. ¿Acaso no le habré muerto! Es necesario que lo vea por mis propios ojos.

Y se fué á ver á Nicolasillo llevándole la fanega.

¡Qué ojazos abrió al ver en el suelo tanto dinero!

—¿Cómo te las has arreglado para apoderarte de ese tesoro? le preguntó.

—Tú, queriendo asesinarme, mataste á mi nodriza; he vendido su cuerpo y me han dado por él una fanega de plata.

--Es un buen precio, dijo Nicolason.

Y volviendo á su casa mandó llamar á su vieja nodriza, cogió un hacha y mató á la pobre mujer. En seguida la colocó en su carruaje, se fué al pueblo y preguntó al boticario si quería comprar un cadáver.

—Veamos, respondió el boticario; pero primero es preciso saber de donde le ha venido.

—No tenga usted cuidado, es el de mi nodriza, que la he matado para venderla por una fanega de plata.

—¡Qué barbaridad! dijo el boticario. ¿Está usted loco para decir semejantes cosas, que le pueden costar la cabeza?

Mas cuando después se enteró el boticario de la verdad, hizo comprender al mal hombre todo el horror de su conducta y la pena que por ella había merecido. Asustado Nicolason, saltó á su carruaje, azotó á los caballos y se volvió á galope.

Todos le creían loco.

—¡Yo me vengaré! gritaba, conforme iba por la carretera. ¡Yo me vengaré de Nicolasillo!

Y sin abandonar esta idea, en cuanto entró en su casa cogió un saco grande, fué á casa de Nicolasillo, y le dijo:

—Te has burlado de mí por segunda vez. Después de haber muerto á mis cuatro mulas, he matado á mi nodriza; tú eres la única causa de todo el mal, pero pagarás caras tus bromas.

En seguida agarró á Nicolasillo por medio del cuerpo, le metió en el saco y se lo echó al hombro, diciendo:

—Te voy á ahogar.

El camino hasta el río era largo, Nicolasillo pesaba bastante, por lo cual Nicolasón se detuvo en una taberna para tomar un jarro de aguardiente, dejando el saco detrás de la casa por donde no pasaba nadie.

—¡Ay! ¡ay! gemía el pobre Nicolasillo en el saco, volviéndose y revolviéndose, pero sin poder desatar la cuerda que le cerraba.

Por fortuna dió la casualidad de que una vaca escapada del prado fué corriendo por aquel sitio, y un viejo pastor corrió en su persecución para obligarla á reunirse al rebaño. Viendo que el saco se movía, se detuvo.

—¿Quién está ahí? exclamó.

—Un pobre joven que va á entrar ahora mismo en el Paraíso.

—¡Pues vaya un motivo para entristecerse! Yo, po

bre viejo, me daría por muy contento entrando lo más pronto posible.

—Pues bien, si lo deseas te haré ese favor, abre el saco y ponte en mi lugar; pronto estarás allí.



Nicolásillo lo ató con fuerza.

--Con mucho gusto, dijo el viejo pastor abriendo el saco y dejando salir de él á Nicolásillo. ¿Pero me prometes guardar mi rebaño?

—Pierde cuidado, lo guardaré bien.

El viejo entró muy contento en el saco, y Nicolasillo lo ató con fuerza. Hecho esto, reunió todo el ganado y se alejó llevándosele por delante.

Poco después Nicolason salió de la taberna y se echó el saco á la espalda. Le pareció más ligero, porque el viejo pastor estaba flaco y pesaba mucho menos que Nicolasillo. «Es el aguardiente que me ha dado fuerzas, dijo, tanto mejor.» Y cuando llegó al río arrojó al pastor á él, diciendo:

—¡Ahora ya no me engañarás más!

Tomó después el camino de su casa; pero poco antes de llegar al pueblo se encontró con Nicolasillo que llevaba delante de sí un rebaño de vacas.

—¡Qué es lo que veo! exclamó Nicolason frotándose los ojos. ¿No te he ahogado?

—Si, tú me tiraste al río hace una media hora.

—Entonces, ¿cómo estás aquí y de dónde te ha venido ese rebaño de vacas?

—Son vacas marinas. Voy á contarte lo que me ha pasado, después de agradecerte el que me hayas tirado al río, porque ahora soy rico para siempre, como tú ves. Encerrado en el saco, temblaba de miedo; el viento me silbaba en los oídos cuando me echaste al agua fría. Llegué en seguida al fondo, pero sin hacerme daño, pues hay en él una hierba larga y muelle. Cuando creía que iba á ahogarme de un momento á otro, sentí que abrían el saco y una preciosa señorita vestida de

blanco, con una corona de plantas y flores acuáticas en la cabeza, me cogió de la mano y me dijo: «Te esperaba, mi querido Nicolasillo: no tengas miedo, que á



Un rebaño de vacas.

mi lado no te ahogarás, mira qué precioso regalo te voy á hacer.» Y me enseñó este rebaño de vacas. La dí las gracias con mucha cortesía y la besé la mano, rogándola me enseñara el camino para volver á la tierra, lo

cual hizo con mucha amabilidad. Has de saber ahora. Nicolason, que en el fondo del mar hay hermosas ciudades, y que el rio no es sino un gran camino bordeado de corpulentos árboles, de campos de verdura y de perfumadas flores. Yo veia á los peces nadar alrededor de mi cabeza, de igual modo que los pájaros vueian por el aire, y en todos los valles pacia un ganado gordo y magnifico. No tardé en llegar con mi rebaño á un monte que conducia á la tierra, y aqui me tienes.

—¿Qué suerte has tenido! dijo Nicolason. ¿Crees tú que también tendria yo un rebaño de vacas si bajase al fondo del rio?

—No hay duda, y hasta es fácil que te dieran más que á mí; pero yo no podré llevarte en el saco hasta allí, porque pesas demasiado; pero si tú quieres ir, después de encerrarte en el saco, yo te echaré de buena gana, porque no soy envidioso y me gusta que los amigos hagan también su fortuna.

—Eres un buen chico, Nicolasillo; pero te advierto que si no vuelvo con un rebaño de vacas de la mar tan bueno por lo menos como el tuyo, te doy de garrotazos hasta dejarte muerto.

—No hay cuidado, replicó Nicolasillo sonriendo, y se pusieron en camino.

En cuanto las vacas, que tenian sed, vieron el agua. escaparon á correr para beberla.

—Mira qué de prisa van, dijo Nicolasillo, les falta tiempo para volver al fondo.

—Ya hemos llegado, ayúdame, contestó impaciente Nicolason, metiéndose en el saco; y para más seguridad



Escaparon á correr.

añade una gran piedra, para que llegue en seguida al fondo.

—No tengas cuidado, dijo Nicolasillo, que tú llegarás.

Pero, á pesar de esto, añadió una piedra, ató el saco y le tiró al río.

Como fácilmente se comprende, Nicolason se hundió para no volver á salir más.

—Anda, busca ahora á la señorita de las vacas, gran zopenco, dijo Nicolasillo; y en seguida llevó su ganado hacia el pueblo, y se volvió contento á su casa.

FIN DE NICOLASÓN Y NICOLASILLO



VIAJE EN BUSCA DEL MIEDO

Un padre tenía dos hijos; el de más edad era muy inteligente y entendía perfectamente todo cuanto se le encargaba; y el menor parecía tonto porque no aprendía ni entendía nada. Cuando cualquiera le veía se decía para sí:

—¡Pobre padre, buen castigo te ha caído!

Cuando había de hacerse algo en la casa, el padre tenía siempre que encargarlo al mayor; pero si era cosa de hacerlo por la noche, ó le enviaba al anochecer cerca del camposanto ú otro sitio apartado y triste, le respondía con seguridad:

—No me mande usted á eso, padre; tengo miedo.

Y era verdad, el pobre chico era muy miedoso.

Cuando por la noche alrededor del fuego se referían cuentos que causaban pavor á los oyentes, exclamaban éstos:

—¡Qué miedo! El menor, que escuchaba en un rincón, no entendía lo que querían expresar los que taldecían.

—Siempre oigo decir: ¡qué miedo!; ¡qué miedo! Eso debe de ser algo bueno de que yo no entiendo una palabra.

Pero una vez le dijo su padre:

—Escucha tú, el del rincón: eres ya hombre y debes dedicarte á aprender algo para ganar de comer. Ya ves cuánto trabaja tu hermano, y tú nada haces.

—Padre, le contestó, de buena gana aprendería yo lo que fuera; pero, sobre todo, lo que quisiera sería aprender lo que es miedo.

El hermano mayor soltó la carcajada al oírle, y dijo para sí:

—Pero, señor, qué majadero es mi hermano. Es imposible que en su vida haga cosa de provecho. El arbolillo que de joven no se endereza, por siempre estará torcido.

El padre suspiró tristemente, y le dijo al pequeño:

—No te apures, ya sabrás demasiado lo que es miedo; pero con eso no ganarás de comer.

Poco después, fué el sacristán, como acostumbraba, un rato, y le confió el padre su disgusto, diciéndole que su hijo menor era tan desmañado é incapaz, que nada sabía ni aprendía nada.

— ¡Creeréis que, al preguntarle yo si quería aprender algún oficio ó modo de ganarse el sustento, me ha res-

pondido que sólo quiere aprender lo que es miedo?.....

—Pues si no pide otra cosa, respondió el sacristán, yo satisfaré su deseo, enviádmeme á casa y no tardará en saberlo.

—Asintió el padre, reflexionando que de este modo podia comenzar á pulirse algo.

En efecto, el sacristán se le llevó á su casa. Le hacia tocar las campanas y desempeñar el cargo de monaguillo. Á pocos días le despertó á media noche, hizo que se levantara y subiera al campanario á tocar.

—Ahora sabrás lo que es miedo, dijo para si el sacristán.

Subió éste antes que el chico á la torre, y cuando ya estaba en lo alto é iba á coger las cuerdas, vió en el fondo de la puerta un fantasma que á cualquiera hubiese aterrado.

—Calla, ¿qué haces tú? preguntó el joven.

Pero ni se movió ni respondió el fantasmón.

—Ó me contestas ó te marchas, que aquí nada se te ha perdido, y menos de noche, ¿estamos?

Nada, el fantasma, sin contestar ni moverse.

—Respóndeme ó ya estás picando, que para nada te necesito.

Y el sacristán continuó inmóvil y callado, para que creyese el muchacho que era un aparecido del otro mundo. El joven volvió á preguntar:

—¿Qué se te ofrece? Habla si eres hombre formal; de o contrario te echo á rodar por la escalera abajo.

Creyendo el sacristán que el chico no realizaría su amenaza, siguió en su inmovilidad estatuaria. Entonces le volvió á preguntar el joven, y viendo que no le res-



Dando tolondrones.

pondía, dió una acometida al espectro con tal violencia, que le obligó á bajar dando tolondrones diez gradas, yendo á parar con gran violencia á un rincón, donde quedó sin sentido. En seguida el intrépido joven se puso

á tocar las campanas, y concluida esta operación se marchó á su casa y se acostó y durmió como si nada hubiera pasado. Pero la mujer del sacristán, que había estado esperando mucho tiempo á su marido, viendo que no volvía, llena de recelos, llamó al joven y le preguntó:

—¿Sabes tú dónde se ha quedado mi marido? Debe de haber subido antes que tú á la torre.

—No lo sé, respondió el joven; pero allí vi á uno en la escalera en el descansillo de la puerta, y como no ha querido contestarme, creyendo que era un bribón, le he arrojado escalera abajo. Id á ver si es él: si lo es, lo sentiré.

La sacristana fué corriendo y halló á su marido caído en un rincón, y dando quejidos lastimosos, porque tenía rota una pierna. Le tomó en sus brazos y se dirigió lamentándose á gritos á casa del padre del muchacho.

—Vuestro hijo, exclamó, ha traído la desgracia á mi casa; ha tirado á mi pobre marido por la escalera del campanario y le ha roto una pierna; sacad á ese bribón de mi casa.

El padre, asustado por el relato, fué corriendo y reprendió á su hijo.

—¿Qué bestialidad has hecho? ¿Tienes los diablos en el cuerpo?

—Padre, óigame usted, contestó, soy inocente. Era de noche y sin duda estaba allí con malos propósitos.

Ignorando quién era le he preguntado tres veces, amenazándole, si no me respondía, con echarle, y viendo que no me hacía caso.....



Caído en un rincón.

—¡Desgraciado! replicó el padre, no me ocasionas más que disgustos; vete de mi presencia, vete, y que no te vea más.

—Bueno, padre, de buena voluntad me marcharé;

pero esperemos á que amanezca y me iré á buscar á donde me enseñen lo que es miedo, y cuando lo sepa, me ganaré la vida con tal oficio.

—Anda á aprender lo que te dé la gana, contestó el padre, todo me es igual. Toma, ahí tienes cuarenta duros, márchate y á nadie digas de donde eres, ni quién es tu padre, para que no tenga que sonrojarme por ti.

—Bien, padre, haré lo que decis, poco me costará complaceros.

Al amanecer, el joven, con sus cuarenta duros en el bolsillo, emprendió su viaje por el camino real, diciendo como lección aprendida para llevar el paso:

—¿Quién me enseña lo que es miedo? ¿Quién me enseña lo que es miedo?

Un transeunte oyó la cantilena del joven, y cuando se hubo alejado un poco hacia un punto en que se veía una horca, le dijo:

—Mira, ahí está el árbol que da racimos de hombres; ahí tienes siete colgando, no tienes que hacer otra cosa, si quieres saber lo que es miedo, que pasar la noche en conversación con ellos.

—Si todo se reduce á eso, dijo el joven, con la mayor facilidad lo haré; y si tan fácilmente aprendo lo que es miedo, te daré los cuarenta pesos que llevo en mi bolsillo, conque, por si acaso, vuélvete mañana temprano por aquí.

Entonces el joven se encaminó hacia el lugar donde se veía la horca, se colocó debajo de ella para pasar la

noche, y cuando ésta llegó, sintiendo frío, encendió lumbre; pero á la media noche era el viento tan agitado y frío que apenas la lumbre hacía sentir su influencia;



Emprendió su viaje.

no obstante esto, viendo que el aire hacía chocar á los ahorcados, pensó que si él, que se hallaba junto al fuego, sentía frío, mucho más debían tener los infelices colganderos, y como era de natural compasivo, cogió la esca-

lera, subió y los descolgó uno tras otro á todos, y bajó á los siete, que colocó alrededor de la lumbre para que se calentasen. Mas como no se movían y el fuego se ensanchase, les quemaba la ropa.



Siete colgando.

El mozo les dijo:

—Tened cuidado de no quemaros, ó volvéis á la escarpia.

Pero los muertos no le hacían caso; se calaban como

unos tales, por lo cual el fuego seguía apoderándose de sus vestidos.

Incomodado de tal indiferencia, les dijo entonces:

—Ya que no queréis hacer lo que os digo, os vuelvo a colgar, pues me veo expuesto á quemarme con vosotros.

Y los volvió á colgar uno tras otro, y él volvió junto á la lumbre donde muy pronto quedó dormido. Á la mañana siguiente se le presentó el hombre goloso de los cuarenta duros exigiéndoselos, suponiendo que el mozo sabía ya lo que era miedo, pues le dijo:

—Vamos, muchacho, ¿ahora ya sabrás lo que querías?

—Nada menos que eso: ¿por qué lo he de saber? Esos que están ahí arriba no me han dicho una palabra, y tan majaderos han sido que se han dejado quemar los pocos andrajos que tenían.

Al oírle, comprendió el truhán que no era para él el dinero, y se marchó moviendo la cabeza y diciéndose:

En mi vida he visto un ente más extravagante.

Continuó el mozo su camino y comenzó otra vez su cantilena diciendo:

—¿Quién me enseñará lo que es miedo? ¿Quién me enseñará lo que es miedo?

Y oyéndole un carretero que tras él iba, le preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Lo ignoro, dijo el joven.

—¿De dónde eres? continuó preguntando el otro.

—¿Qué sé yo?

—¿Quién es tu padre?

—No debo decirlo.

—¿Qué ibas diciendo?

—¡Ah! respondió el mozo, quisiera saber lo que es miedo; pero por lo visto nadie acierta á enseñármelo.

—No digas necedades, muchacho, replicó el hombre, vente conmigo y veré si puedo darte ocupación alguna.

El joven prosiguió su ruta con el carretero, y ya de noche llegaron á una posada donde determinaron hacer descanso.

Apenas llegó á la puerta el joven, comenzó á gritar:

—¿Quién me quiere enseñar lo que es miedo? ¿Quién me quiere enseñar lo que es miedo?.....

Al oírle el posadero soltó la carcajada, y dijo:

—Hombre, si lo quieres saber, aquí se te ofrece una ocasión muy buena.

—Calla, añadió la posadera, muchos bravucones han perdido la vida en esa empresa, y verdaderamente sería una lástima que esos hermosos ojos negros perdieran su brillante luz para siempre.

El joven la replicó:

—Aunque sea la cosa más arriesgada quiero aprenderla: ese es el propósito de mi viaje.

No dejó en paz al posadero hasta conseguir que éste le informara de que, no muy lejos de allí, había un castillo encantado donde podrían enseñarle lo que era miedo, pues con sólo pasar tres noches en él podría salir doctor en la ciencia que buscaba.

Que el Rey había prometido dar por esposa á su hija, que era la más garrida y hermosa doncella que el sol alumbrara, al que hiciese la prueba del castillo y saliera vencedor de ella.

En el castillo habia tesoros inmensos, guardados por los maléficos espíritus, con cuyas riquezas el hombre que las conquistara sería el más poderoso del mundo. Muchos y muy valientes caballeros habían entrado en el castillo; pero ninguno de ellos habia salido.

El joven, á la mañana siguiente, se presentó al Rey, diciéndole:

—Si me dais permiso, señor, pasaré tres noches en el castillo de los encantos.

Miróle atentamente el Rey, y como le agradase su tálante, le dijo:

—Puedes, pues, pedir tres cosas, con tal que no sean animadas para que te sean útiles en el castillo.

El joven, meditando un rato, contestó:

—Bien. Quiero leña para calentarme, un torno y un tajo con su correspondiente cuchilla.

El Rey ordenó que durante el día fuera llevado al castillo lo que habia pedido el joven.

Llegó la noche y entró el joven en el castillo; encendió en una sala una hermosa fogata, colocó á un lado el tajo con el cuchillo y se sentó sobre el torno.

—¡Ah! qué felicidad si llegase á tener miedo, dijo; pero qué demonio, aquí tampoco lo aprenderé.

Hacia la media noche quiso avivar la lumbre, y

cuando la estaba atizando, oyó de pronto decir en un rincón:

—¡Miau! ¡remiau! ¡qué frío hace!

—¡Habrá estúpidos! exclamó. ¿Por qué alborotáis? Si sentis frío venid y sentaos á la lumbre; aquí se está bien.

Aun no habia acabado de decir esto, dos espantosos gatos negros, dando un pasmoso salto, se situaron á su lado fijando en él sus enormes ojos brillantes como brasas de fuego; luego que se hubieron calentado, dijeron:

—Amiguito, ¿quieres jugar una brisca?

—Si, por cierto, les respondió, pero antes enseñarme las patas.

Entonces, los animalazos, le alargaron las uñas.

—¡Caramba! les dijo, ¡qué largas tenéis las garras! Esperad á que primero os las corte.

Los cogió del cuello, y les aseguró bien las patas en el tajo.

—Al veros las uñas se me han ido los deseos de jugar, les dijo.

Y los cortó las cabezas y las arrojó al agua. Pero á poco de esto iba á sentarse otra vez al calor, cuando vió salir de todos los rincones una plaga de gatos y perros negros con cadenas ardientes que parecian de fuego. Erán tantos, que era imposible numerarlos; maullaban horrorosamente, atravesaban por el fuego como queriendo apagarle. El joven los observó un rato

muy tranquilamente, pero cuando ya le hartaron, cogió la cuchilla gritando.

—¡Fuera canalla!

Y con la cuchilla los acometió.

¡Dios mío! ¡Qué sarracina de gatos hizo! Los que pudieron, que fueron pocos, se escaparon, á los demás los mató á pares de un solo golpe.

Concluída la batalla, se puso á soplar el fuego, y se sentó á calentarse, y apenas se hubo sentado le rindió la necesidad del sueño, y advirtiendo en un rincón una magnífica cama, en ella se acomodó para dormir tranquilamente; pero cuando ya se le estaban cerrando los pesados párpados, notó que la cama se movía por sí sola, y que daba vueltas y recorría los departamentos del castillo.

—No me parece mal el paseo, dijo; la cosa es divertida.

Y la cama prosiguió rodando por las escaleras cual si fuera tirada por caballos. De repente volcó y sintió encima un peso que le agobiaba como si se viera debajo de una montaña. Tiró las mantas, se puso en pie, y cuando se vió desembarazado dijo:

—Basta ya, me he cansado de viajar. Y sentándose de nuevo á la lumbre se durmió hasta la mañana.

El Rey le fué á visitar temprano, y como le viese tendido en el santo suelo, creyó que los fantasmas habíán dado fin de él y que habia muerto, y dijo, contemplándole:

—¡Qué lástima de chico!..... ¡Tan guapo como es!

Al oírle el joven se levantó diciendo:

—¡Poco á poco: aun no estoy en el caso de ser compadecido!



Tendido en el santo suelo.

Maravillado el Rey preguntóle qué tal lo había pasado.

—Perfectamente, respondió, he pasado ya una noche, y las dos que me faltan las pasaré lo mismo.

Cuando volvió al mesón, le recibió admirado el posadero.

—No creí, dijo, volverte á ver con vida; pero, en fin, ¿sabes ya lo que es miedo?

—¿Qué he de saber? No encuentro á nadie que me lo quiera enseñar.

Á la segunda noche volvió al castillo encantado y se sentó á la lumbre entonando su cantilena.

—¿Quién me enseña lo que es miedo? ¿Quién, quién?

Poco á poco fueron percibiéndose ruidos, primero vagos, luego fuertes y próximos, y por fin un estallido formidable en el cañón de la chimenea, por la cual se vió caer la mitad vertical de un hombre que quedó plantado como una estaca delante del joven.

—Sí, sí, exclamó, entiendo, estás esperando tu otra mitad: yo también la espero con impaciencia, porque tú sola no me sirves para empezar.

Oyó nueva y más estrepitosamente los ruidos, parecía que el castillo se venía abajo, y luego cayó la otra mitad del hombre.

—Esperad, dijo, voy á ver si encuentro algo por aquí para que vuestra pegadura sea firme.

Iba á hacerlo así, cuando vió que los dos medios se unieron admirablemente, formando un hombre con el aspecto más horrible y espantoso, que fué á sentarse en el sitio donde á la lumbre se sentaba él.

—¡Calle! ¿Esas tenemos? dijo el mozo. Ya te estás levantando de ahí; ese banco es mío.

El espantajo no se quiso levantar; pero el joven, agarrándole con todas sus fuerzas, le rechazó, y se sentó en

su puesto. Entonces vió caer otros tres hombres, uno tras otro, que llevando en sus manos unas canillas de muerto y dos calaveras se pusieron á jugar con ellas á los bolos. El joven sintió deseo de divertirse un rato, y dijo:

—¿Puedo jugar yo también?

—Si tienes cuartos, sí.

—Ya lo creo, de sobra, replicó el animoso joven; pero esas bolas que usáis no son perfectamente redondas.

Y cogiendo las calaveras las sujetó al torno y las redondeó.

—De este modo ya rodarán mejor, les dijo.

Jugó con ellos y se dejó ganar algunos cuartos; pero en cuanto fueron las doce todo terminó, y el joven se acostó y durmió tranquilo. Por la mañana se presentó el Rey á enterarse.

—¿Qué tal te ha ido? le preguntó.

—¡Pchit! He jugado á los bolos un rato y he perdido algún dinero.

—¿Y no has sentido miedo?

—¿Miedo? Al contrario, me he distraído muy bien. ¡Miedo! ¡Ojalá supiera lo que es!.....

Llegó la tercera noche; fué al castillo, se sentó de nuevo en su banco y murmuró con mal humor:

—¿Llegaré por fin á saber lo que es miedo?.....

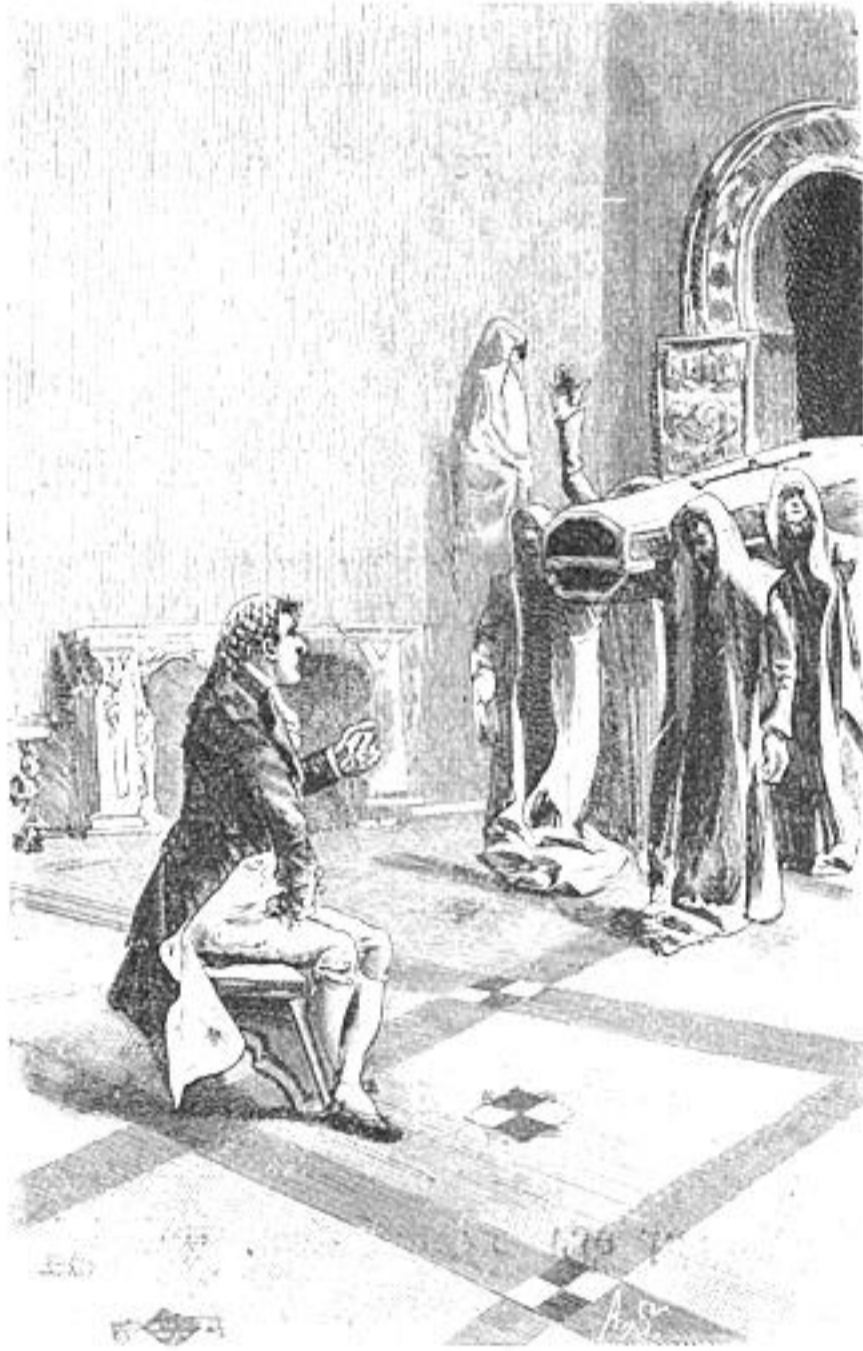
Era ya muy tarde cuando se le presentaron seis fantasmones muy altos, que llevaban un enorme ataúd.

—Toma, toma, de seguro este entierro es el de mi pobre primo, que ha muerto hace unos días.

Hizo seña con la mano, y añadió:

—¡ Ven, primito mío, ven !

Pusieron el ataúd en tierra, se aproximó á él y le-



Llevaban un enorme ataúd.

vantó la cubierta : había un cadáver dentro, le pasó la mano por el rostro y la cabeza; pero notó en él la frialdad viscosa de la muerte.

—Qué frío estás, dijo; voy á calentarte un poco.

Se acercó á la lumbre, se dió un buen calentón de manos y se las aplicó el rostro del muerto, pero éste permaneció glacial. Entonces le abarcó en sus brazos, le acercó al fuego y le puso sobre las rodillas y le dió fricciones en los brazos para que circulase la sangre de nuevo; pero no consiguiéndolo, se le ocurrió de pronto:

—¡Toma! ¡Qué tonto soy! Si le meto conmigo en la cama..... al momento se calentará.

Y dicho y hecho, se llevó el cadáver á la cama y se acostó él á su lado. Al poco tiempo estaba caliente el muerto y comenzó á menearse, viendo lo cual, le dijo el mozo:

--¿Lo ves, hermanito?..... Ya te he calentado.

Pero el muerto se levantó de improviso diciendo:

—Ahora voy á estrangularte.

—¡Hola! ¡hola! contestó el joven con retintín. ¿Son éstas las gracias que me das por haberte resucitado? ¡Pues á la caja otra vez!

Le cogió, le colocó dentro de ella y cerró la tapa.

Entonces, los seis pasmarotes que le trajeron se lo llevaron otra vez.

—Pues, señor, con toda esta faena, hasta ahora no he logrado tener miedo; vamos á ver si lo aprendo aquí.

Entonces, un hombre mucho más alto y más seco que los otros, entró; su aspecto era más espantoso que el de aquéllos, y tenía una barba blanca y larga hasta las rodillas.

—¡Ah, infame! dijo, ya te ha llegado el momento de

saber lo que es miedo, porque vas á morir á mis manos.

—Qué ha de llegar, hombre, contestó el mozo; para que me mates tú es necesario que yo me deje, y ahora no estoy de humor.

—Yo te agarraré bien, dijo el gigantón.

—Si puedes, porque no es fácil; además, yo soy más fuerte que tú, viejo carcamal.

—Si puedes más que yo allá veremos; ven y probaremos.

Y le guió á un pasillo muy tenebroso, junto á una fragua: cogió un enorme martillo y dió con él en un yunque y le hundió de un martillazo en la tierra.

—¡Vaya una cosa! ; Eso lo hago yo, pero mucho mejor! dijo el joven.

Y dirigiéndose al otro yunque, el joven agarró otro martillo.

El viejo se puso á su lado para verle, y su larga barba descansaba sobre el yunque; de un solo martillazo del mozo quedó adherida á aquél, aprisionando al espantoso viejo.

—¡Pobre espantajo! dijo. ; Ya eres mío! ; Has quedado en el yunque pegado como un gorrión enligado!..... Ahora el que morirá serás tú.

Y diciendo esto, cogió una barra de hierro y descargó sobre las espaldas del barbudo tales golpes, que éste, entre los alaridos del dolor, prometió al joven que si le dejaba en libertad le daría grandes riquezas. Consintió en ello el joven, y el viejo, guiándole por el castillo, le

enseñó tres armarios llenos de oro que en una cueva tenía.

Una parte es de los pobres, del Rey la otra y la tercera tuya.



Cogió un enorme martillo.

Dieron las doce en aquel momento y desapareció el fantasmón, quedando en tinieblas el joven vencedor.

—Yo me las arreglaré para encontrar mi cuarto, dijo, y empezó á caminar á tientas; por fin halló el camino

que buscaba, entró en su cuarto y durmió allí junto á la lumbre.

Al día siguiente volvió el Rey y le dijo:



Y sacó un cubo de agua.

—Ahora ya debes saber lo que es miedo.

—Menos que nunca; sólo he visto á mi primo muerto y á un hombre barbudo que me ha enseñado mucho dinero, pero no lo que es miedo.

—En fin, dijo el Rey, has desencantado el castillo y vas á casarte con mi hija.

Así sucedió, y las bodas se celebraron con gran magnificencia. Pero el joven Rey, á pesar de lo contento que estaba y de lo mucho que amaba á su esposa, seguía quejándose de que no sabía lo que era miedo. Esto llegó á incomodar á su mujer, y dijo á sus doncellas:

—Yo voy á ser quien le enseñe lo que es miedo.

En seguida fué al estanque del jardín y sacó un cubo de agua todo lleno de peces. Por la noche, cuando más profundo era el sueño de su marido, se levantó la reina y le echó de repente el cubo de agua encima, de modo que los peces saltaran á su alrededor. Entonces el pobre joven dió un salto espantoso y se incorporó diciendo:

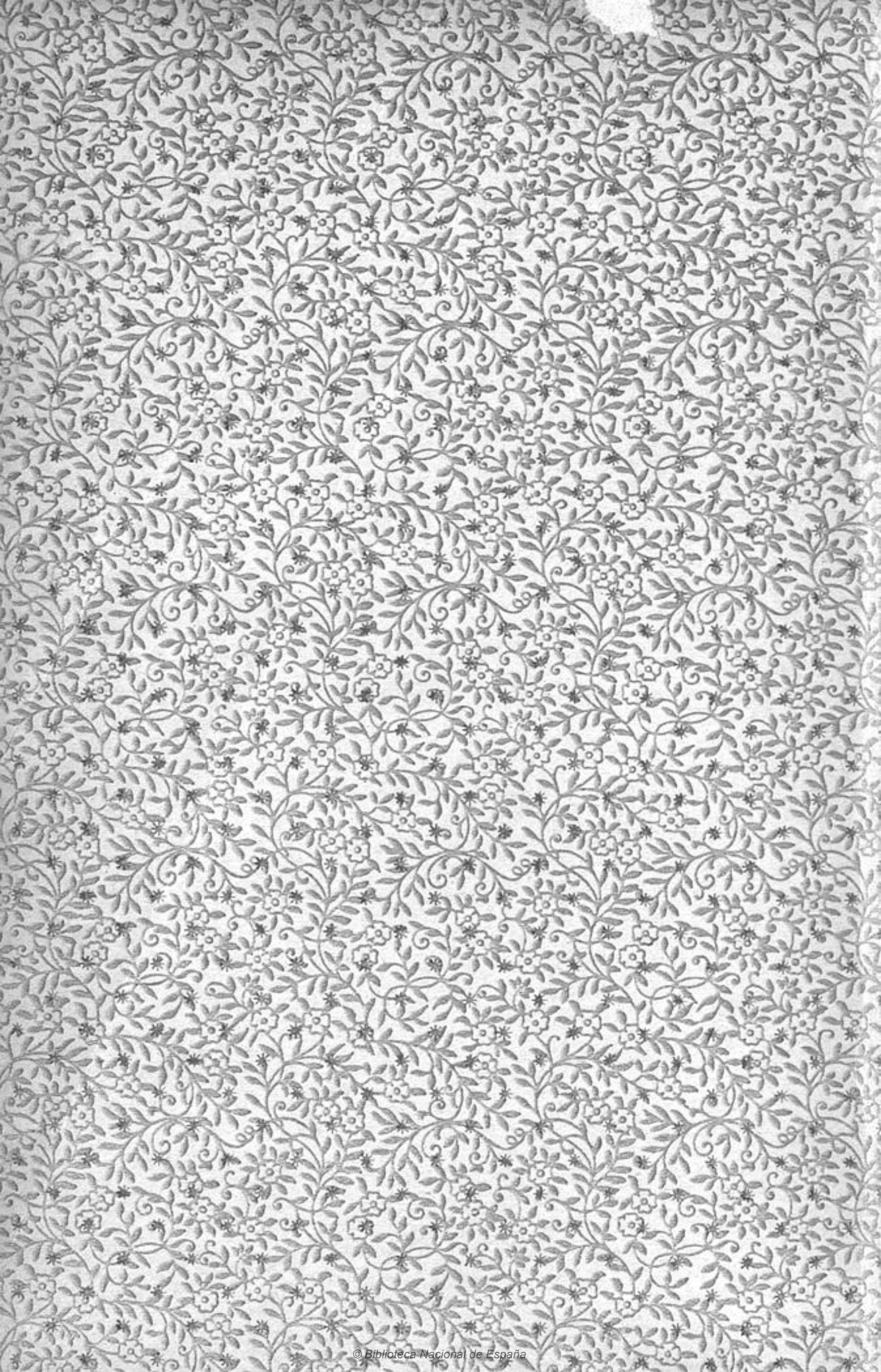
¡Huy! ¡Qué susto tan atroz, esposa mía! Ahora sí que sé ya lo que es miedo.

FIN DEL VIAJE EN BUSCA DEL MIEDO.



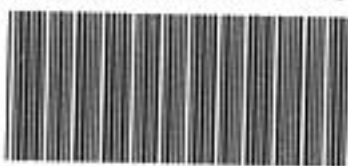
ÍNDICE

	<u>PÁGINAS.</u>
Los príncipes encantados.....	9
Las dos hermanas.....	45
La aldeana lista.....	51
Paraíso y tentación.....	59
La danza de las flores.....	89
Nicolasón y Nicolasillo.....	107
Viaje en busca del miedo.....	131





BIBLIOTECA NACIONAL



1001979056